

DC

A

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

18

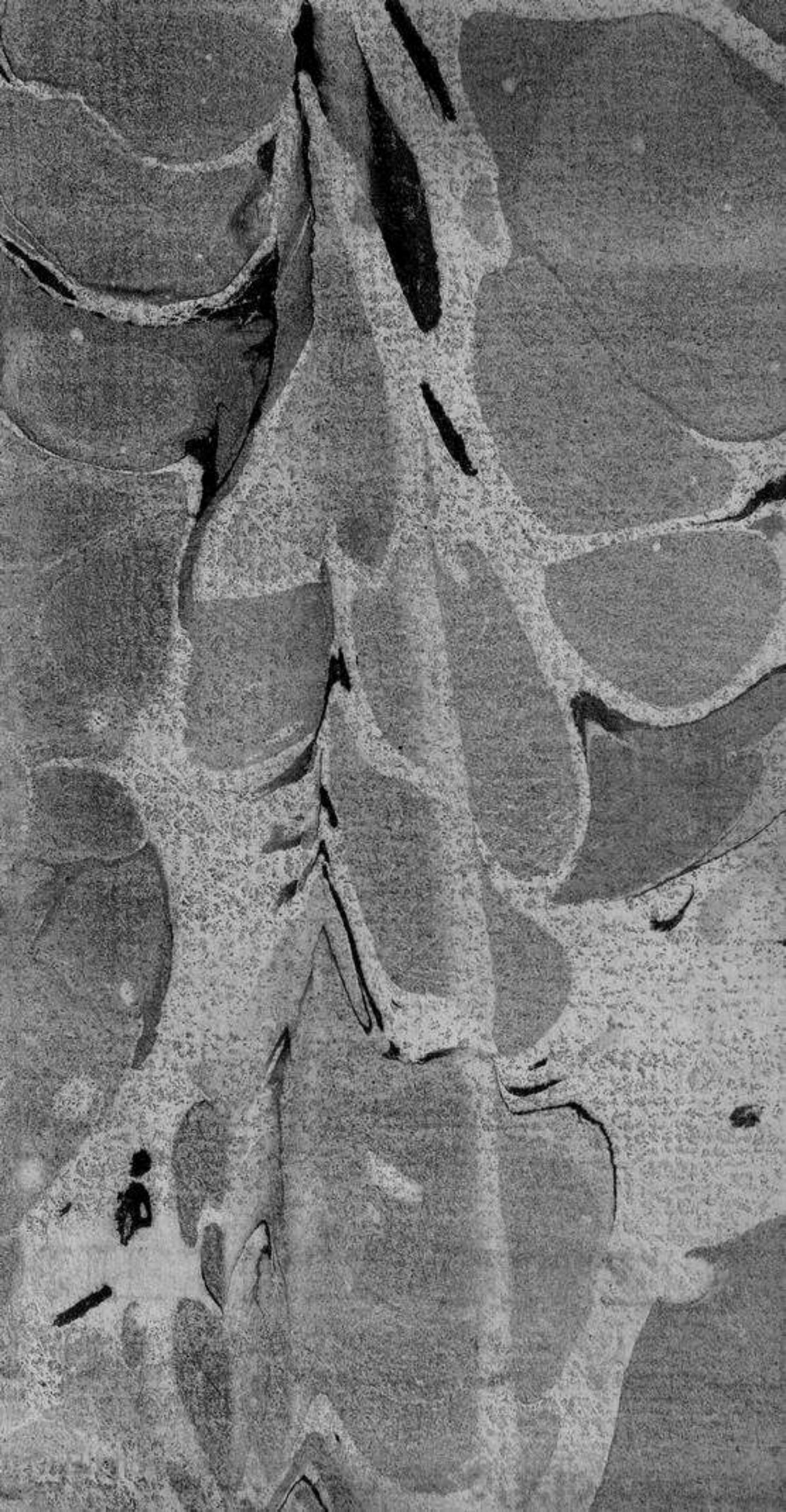
Biblioteca  Valenciana

RICARDO y Sofia ó Los per



31000000923303

CV/7498



C. V. J.

~~7498~~

7498

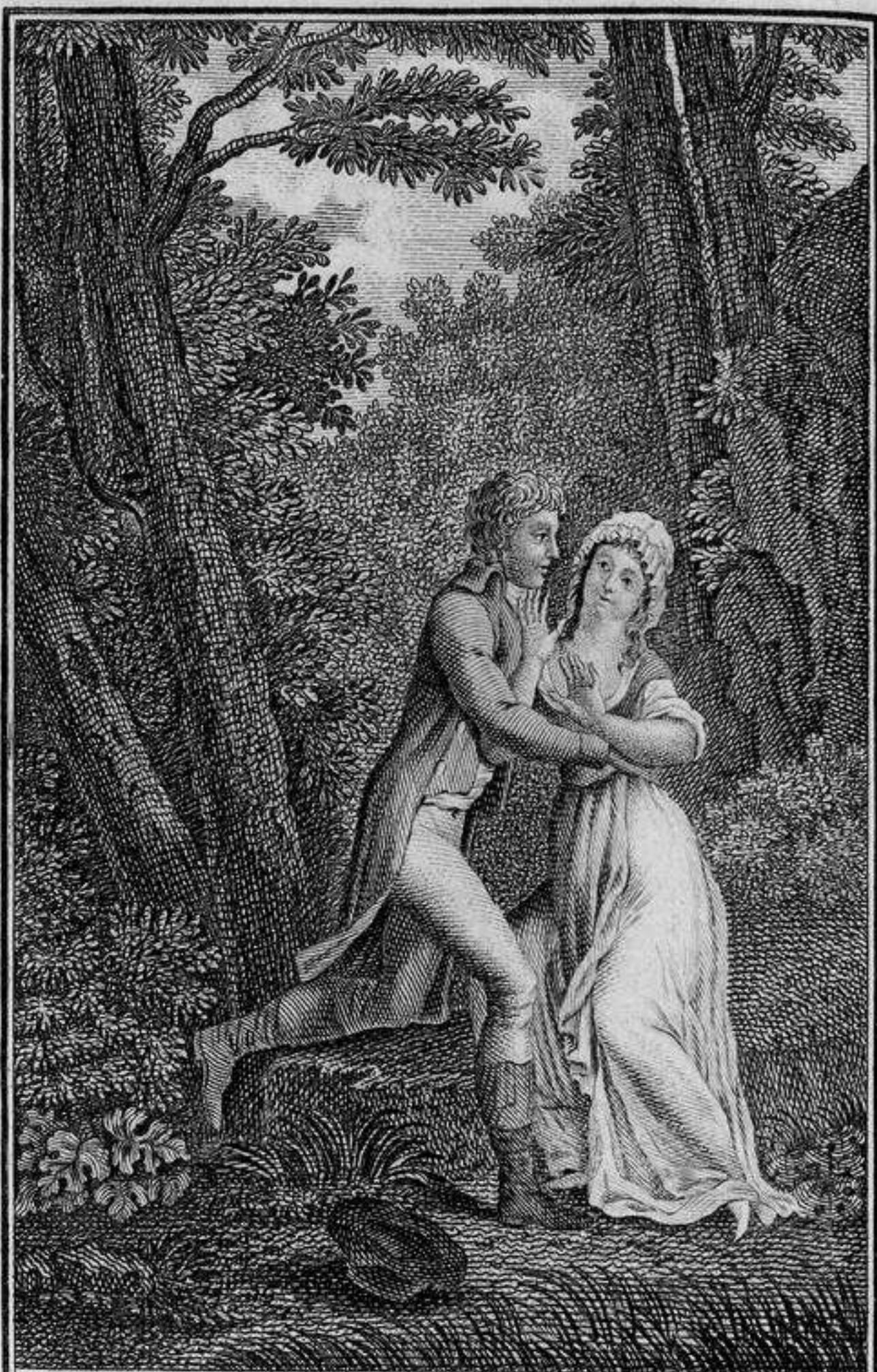
9.000  
2vol

**RICARDO  
Y SOFÍA.**

*Esta Coleccion de novelas se halla de venta  
en las librerías siguientes.*

VALENCIA, en la de	<i>Cabrerizo.</i>
MADRID.....	<i>Calleja.</i>
CADIZ.....	<i>Pajares.</i>
SEVILLA.....	<i>Viuda de Vazquez y Comp.</i>
GRANADA.....	<i>Gomez Moreno.</i>
CORDOBA.....	<i>Berard.</i>
JAEN.....	<i>Carrion.</i>
MALAGA.....	<i>Carreras.</i>
BADAJOS.....	<i>Patron é Hijo.</i>
SALAMANCA.....	<i>Blanco.</i>
CORUÑA.....	<i>Cardesa.</i>
SANTIAGO.....	<i>Rey Romero.</i>
BURGOS.....	<i>Villanueva.</i>
VALLADOLID.....	<i>Roldan.</i>
BILBAO.....	<i>Garcia.</i>
VITORIA.....	<i>Barrio.</i>
SANTANDER.....	<i>Riesgo.</i>
PAMPLONA.....	<i>Longás.</i>
ZARAGOZA.....	<i>Yagüe.</i>
BARCELONA.....	<i>Sierra.</i>
TORTOSA.....	<i>Oliveres.</i>
MURCIA.....	<i>Benedito.</i>
ORIHUELA.....	<i>Viuda de Santamaria.</i>
PALMA DE MALLORCA	<i>Carbonell.</i>





..... *Dejadme señor*  
*Dejadme os digo.....*

*Grabado en 1818 por Rocafort*

RICARDO

Y SOFÍA,

6

LOS YERROS DEL AMOR.

NOVELA INGLESA

---

TOMO PRIMERO.

---



VALENCIA

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN.

1818.

R. 105585

*Esta traduccion es propiedad absoluta del Editor. Todos los egemplares llevarán sellada la portada, y su rúbrica al pie de esta nota.*



# RICARDO

Y SOFÍA,

ó

LOS YERROS DEL AMOR.

---

## CAPÍTULO I.

**R**icardo y Sofía Jesami eran dos vástagos de una misma familia, como lo anuncia la identidad de su apellido, por ser hijos de dos hermanos que tuvieron la desgracia de quedar viudos poco tiempo despues del nacimiento de estos dos niños, y aumentando, si era posible, su amistad despues de este suceso, y as-

pirando á perpetuar su buena inteligencia mas allá del sepulcro, proyectaron casar á sus únicos hijos, con tal que cuando llegasen á la edad competente consintiesen ellos en su union. Con esta mira nada omitieron para excitar desde luego entre ellos un afecto mutuo, y para acostumbrarles á usar de la palabra amor, mucho antes que pudiesen conocer su significado, ni tener de él la mas leve idea. Ricardo llamaba á Sofía su mugercita cuando aun estaba en la cuna, y ella apenas empezó á hablar decia ya que amaba mucho á su marido Ricardo. Luego que lo permitió la edad fue este á educarse al colegio de Eton, y su amiga entró pensio-nista cerca de Londres: mas á fin de que esta separacion no perjudicase al proyecto de sus padres les enseñaron á escribirse cartitas, en que se pintaba la

inocencia de su edad, al paso que servían para mantener entre ambos aquel dulce cariño que habían fomentado sus padres desde su mas tierna niñez. En las vacaciones casi nunca estaban separados; y en las diversioncillas que les preparaba el afecto paternal, siempre saludaban ora á Sofía, ora á Ricardo, reina ó rey de la fiesta, mientras los demas solo concurrían á título de amigos convidados; siempre presentaba Ricardo á Sofía algun juguete nuevo, y la primera labor de bordado que salió de manos de Sofía fue un chaleco para Ricardo. De esta manera contrajeron muy naturalmente estos dos niños la costumbre de amarse, y esta se fortificaba á medida que crecían, de modo que cuando llegaron á sazón sus mutuos sentimientos, si no se podían llamar amor, tenía á lo menos cierta ma-

yor viveza que los de un hermano y una hermana.

Con extrema satisfaccion veian los dos padres los primeros sucesos de su tentativa, y se prometian, siguiendo el mismo método, ver tambien que sus hijos ocupaban una clase honrosa como esposos, fijando el término de su esperanza en el momento que cumpliese Ricardo veinte y un años, á cuyo tiempo tendria Sofía poco mas de diez y siete: asi con frecuencia estos dos padres de familia se abrazaban afectuosamente, despues de haber conversado sobre las delicias que les preparaba esta union.

Mas ¿que hay seguro en esta vida? El padre de Sofía, aunque jóven, y de una constitucion robusta, murió de un accidente apoplético, dejándola huérfana tres años antes de la época prefijada para la celebracion de su matrimonio,

y este fatal acontecimiento sumió el corazón de su tierna hija en la mas profunda afliccion. Dulcificó mucho, no obstante su pena, la idea de que la quedaba el padre de Ricardo, y que supliría de algun modo la falta del que acababa de perder, y asi sin vacilar le confió el cuidado de sus bienes, y le nombró tutor suyo con todas las formalidades prescritas por la ley: poco despues de la muerte de su padre, viendo que ya habia adquirido casi todos los conocimientos que se pueden aprender en una casa de educacion, salió con aprobacion de su tutor, y se agregó en Londres á una familia bien conocida de la suya, proponiéndose ver el mundo, algo mas que lo habia visto hasta entonces.

Ricardo por su parte, que habia salido de Eton para ir á Oxford á con-

cluir sus estudios, lograba con frecuencia permiso del rector, y venia á Londres á ver á su padre, á su amada, y por decirlo todo, á gozar de las diversiones de la capital, que no le agradaban menos que á los demas jóvenes de su sexo y edad: pero despues de una de estas excursiones que no habia sido eorta, y apenas regresó á la universidad de Oxford, una novedad terrible le hizo volver á Londres. Habia acometido á su padre una calentura maligna, que á pesar de los remedios se agravaba rápidamente, en términos que hacia temer por su vida; y si bien al primer aviso que recibió Ricardo de este accidente montó á caballo, y corrió hácia la ciudad, fue vana toda su diligencia, y solo le sirvió para ver al mejor de los padres dar el último suspiro. Hallóle rodeado, en efecto, de todos los sínto-

mas de la muerte, aunque conservaba su pleno conocimiento: y al ver á su hijo se advirtió en su semblante un rayo de satisfaccion; recogió toda su fuerza, se incorporó un poco, y cogiendo la mano de Ricardo, y uniendo entre las suyas con la de Sofía, que lloraba junto á su lado: "amados hijos, les dijo, solo siento al dejar la vida no haber sido testigo de vuestra union y felicidad." Mas palabras quiso decir, pero le faltó la voz, y espiró pocos minutos despues.

Los jóvenes que heredan, se consuelan facilmente de una desgracia que los pone en plena posesion de su libertad y de sus bienes, pero Ricardo pensaba de otro modo. Dotado de un juicio recto, y de un buen natural, sintió dolorosamente la pérdida de un padre que le habia tratado siempre con tanta bondad y dulzura, y el tiempo solo pudo

debilitar la vehemencia de su acerbo dolor: al paso que Sofía, afligida profundamente, porque perdía un depositario fiel de su caudal, y un sincero amigo, nada omitía para ofrecer á Ricardo los consuelos que tanto necesitaba para sí misma.

El anciano Jesami, aunque no esperaba su muerte tan cercana, había hecho su testamento algunos meses antes, dejando nombrado un curador que se encargase de todos sus negocios, y como tenía ahorradas sumas considerables, legó en comun á estos dos hijos una hacienda de familia, origen principal de sus riquezas, que había poseído del mismo modo con el padre de Sofía.

En fin despues de la correspondiente ceremonia de los funerales, volvió Ricardo por algun tiempo á Oxford, y Sofía, á quien todos estos acontecimien-

tos habian sumergido en serias reflexiones, como en cierta manera se encontraba sola en el mundo, sin otra perspectiva que la de un matrimonio proyectado hacia tanto tiempo, y que mil sucesos imprevistos podian impedir, comenzó á meditar lo mas conveniente á su persona. ¿Que es el matrimonio? ¿De que manera, y hasta que punto contribuye este enlace á la felicidad de los que le contraen? ¿Cual es hoy la suerte de la mayor parte de los esposos? Todas estas eran cuestiones sobre las cuales aun no habia formado idea alguna: resolvió, pues, consultar acerca estos puntos á la experiencia, y el resultado de sus observaciones se verá en los siguientes capítulos.

## CAPÍTULO II.

Poco despues que Ricardo regresó á Oxford, resolvió Sofía ir á casa de una de sus amigas residente en Windsor, á distancia de unas siete leguas de Londres, que habia tiempo la rogaba que fuese á verla, lo cual no habia verificado antes porque algunos negocios particulares la detuvieron en la capital. Estas dos jóvenes se habian conocido en la pension donde estuvieron juntas: Emilia, algo mayor que Sofía, habia salido algun tiempo antes que ella para ir á cuidar de la casa de su hermano, que aun permanecia soltero; y no es necesario decir como recibió á su amiga, ni que ambas se refirieron por menor cuantas satisfacciones ó penas habian experimentado desde su separacion.

Entre otras confianzas que tuvo Emilia con su compañera le notificó que su hermano iba bien pronto á casarse en Londres, donde á la sazón estaba con esta intencion obsequiando á una dama jóven, de la clase mas elevada: si lo consigue, añadió, poco estaré aqui, porque mi hermano no necesitará de mí, ni yo querré vivir con una cuñada.

Deseole sinceramente, dijo Sofía, toda la dicha que pueda esperar, tanto por ti, como por él mismo; porque he oido hablar de él muy bien. — Nos favoreces, dijo Emilia; ;pero ah! que no puedo dejar de temer... Iba á añadir algunas palabras que hubieran enterado mas á Sofía de las cualidades y del carácter de la pretendida; mas en el momento la interrumpió un criado, que entrando repentinamente le dijo, que su amo acababa de llegar en una ber-

lina de seis caballos, trayendo consigo una hermosa dama.

¡Una hermosa dama! dijo Emilia con extrañeza: el casamiento se ha verificado, bajemos á recibirles; y diciendo estas palabras tomó á Sofía de la mano; mas cuando se disponian á bajar hubieron de detenerse, pues al abrir la puerta Emilia, vió á su hermano, y á la dama de su afecto que habia subido ya la escalera, riéndose á carcajadas, por lo que las dos amigas se separaron para dejarles entrar. Señora, dijo Rodofilo (asi se llamaba el hermano) permitidme que os presente á mi hermana Emilia, de quien tanto os he hablado. Saludáronse las dos con mucha cortesía, mientras que Rodofilo saludaba á Sofía; y dirigiéndose despues á Emilia, le dijo: hermana, he venido algo de improvisó, pero en recompensa te

traigo á esta señora, que tendrá la bondad de libertarte del trabajo penoso de velar sobre el interior de mi casa. Pronto estoy, dijo Emilia, sonriéndose, á renunciar mi cargo en favor de una persona que lo desempeñará sin duda mas cumplidamente; pero debiste, hermano, franquearme los medios de llenar mejor las últimas funciones de mi deber, dándome aviso anticipado de tu venida. — En cuanto á eso, hija mia, dijo la señora con acento de suma confianza, no podeis tener queja, porque os aseguro que ni él ni yo habíamos resuelto venir dos horas antes que partiésemos de Londres; mas yo no sé como ha sido, que estando los dos bromeando juró traerme consigo; yo juré que no me traería si no por un rapto: el hermano me cogió la palabra, envió al momento á buscar una berlina de seis ca-

ballos, me puso dentro de ella, y en un galope hemos llegado á vuestra presencia.

¿De esa suerte, dijo Emilia, no se han hecho todavía las ceremonias nupciales? No, respondió su hermano; mas espero que la madrugada de mañana ponga fin á mis incertidumbres, y me haga el mas feliz de los hombres. ¿Que decis, señora, no es esta vuestra intencion? ¿Y á que vienen esas preguntas? dijo ella tocándole suavemente en la mejilla. Si soy ya vuestra, ¿puedo por ventura apartarme de lo que querais?

Retiróse Emilia para hacer preparar la cena, que aunque la sorprendieron, fue espléndida y bien servida, pues nada faltó en ella, si no acaso un poco mas de urbanidad, por parte de aquella dama de la clase mas elevada,

que si bien era verdaderamente hija de un Lord, y por consiguiente educada conforme á su nacimiento, manifestaba gran caudal de orgullo, y de aquella presuncion que da la hermosura corrompida por la lisonja: y como era bastante vana para persuadirse que nada podia decir ó hacer que no mereciese aplausos, hablaba con tanta afectacion, y hacia locuras con tanto despejo, que todos estos defectos obscurecian completamente los hechiceros atractivos que habia recibido de naturaleza.

Sois feo Rodofilo, le decia, feo de veras; ni sé cómo puedo amaros: y un momento despues exclamaba: ¡si es precioso, si toda muger que lo viere ha de ser seducida! Ya le apartaba jurando que le aborrecia, y luego se aproximaba, y pasaba su brazo al rededor de él. No menos incoherente su con-

versacion con las jóvenes; teneis, dijo á Emilia, los ojos mas hermosos del mundo, pero parece que lo ignorais: en cuanto á Sofía, la única queja que puede tener con la naturaleza, es no haberla concedido el don de la palabra. En efecto Sofía hablaba muy poco: ¿pero que hubiera podido decir cuando la otra hablaba tanto? Sin embargo este cargo excitó su natural viveza, y respondió con tono algo picado: si Emilia y yo estuviéramos tan seguras como vos de no decir cosa que no fuese digna de aprobacion no nos limitaríamos á escuchar; pero confesad que este caballero corria entonces gran riesgo de perder la facultad de oir. No pudo á pesar de toda su desenvoltura dejar de turbarse la dama, y como lo advirtiese Rodofilo, creyéndose obligado en calidad de amante á tomar su defensa,

replicó: señorita, á mi parecer debe perdonarse al hombre que conoce y sabe apreciar las perfecciones de esta señora, que no pueda oír jamas si no á ella. Sofía no respondió, y en todo el resto de la noche fue poco interesante la conversacion. Emilia condujo á la amada de su hermano á un aposento que le habia hecho preparar, y tuvo la atencion de no apartarse de ella hasta dejarla en la cama.

Sofía, que siempre habia partido la suya con Emilia mientras estaban en la pension, declaró queria hacer lo mismo todo el tiempo que estuviese en el campo; y en el instante que se acostaron, principiaron á comunicarse todo lo que pensaban sobre la futura esposa de Rodofilo.

¿Es creible, decia Emilia, que esta jóven tan distinguida se deje condu-

cir tan atolondradamente por un jóven á su casa de campo, y que se porte en ella con tanto atrevimiento en presencia de dos personas de su sexo, á quienes ve por primera vez? Ya me habian hablado de ella, mas confieso que no hubiera creído lo que acabamos de presenciar.

Es preciso, dijo Sofía, que Rodolfo esté perdidamente enamorado; pues de otro modo un hombre tan sensato no pudiera soportar semejantes extravagancias en una persona á quien se propone hacer su muger. Por lo que hace á enamorado lo está sin la menor duda, repuso Emilia, y temo con razon que ese amor ciego le conduzca á algun cruel engaño; pero ¿que hemòs de hacer? ¿A que persuasiones pudiera ya prestar oídos? En lo demas esa jóven es de un alto nacimiento, tiene caudales, su familia mucho crédito, y es posible

que todas estas ventajas compensen en algun modo sus defectos.

Con razon se atribuye á la mayor parte de las mugeres la inclinacion á juzgarse con demasiada severidad entre sí, y un maligno placer en criticarse recíprocamente; mas esta propension no tenia parte alguna en los sentimientos de estas dos amigas, porque la una queria tiernamente á su hermano, y solo estaba sobresaltada por su tranquilidad futura; y la otra dotada de un buen natural, mas bien encontraba un dolor, que placer, en tener que criticar á una de sus semejantes.

Rodofilo ocupado con la idea de su casamiento, se levantó mucho mas temprano que acostumbraba, y se dirigió á la habitacion de un cura de aquella comarca, quien le prometió venir en la mañana misma á casarlo; y como el ca-

samiento debia ser en secreto, llevar otro eclesiástico que sirviese de testigo.

Emilia se levantó tambien muy de mañana, queriendo, por mas que la repugnase esta union, hacer en cuanto le fuera posible los honores de la boda; con cuyo motivo aquel dia todos los demas de la casa manifestaron igual diligencia, todos se encontraban activos y alegres, y la satisfaccion brillaba en todos los semblantes, excepto en el de la pretendida.

¿De donde podia provenir mutacion tan repentina? Aquella muger que la víspera tenia una alegría parecida á la locura, se habia vuelto en tan pocas horas triste y taciturna. Sofía habia entrado ya dos veces en su aposento, y en vano la habia convidado á bajar; y cuando Rodofilo le dió el buen dia, asegurándole que este era para él el mas

precioso de su vida, no le respondió, y apenas se dignó mirarle.

Luego que reparó en el cura y su compañero, que fueron exactos en venir á la hora indicada por Rodofilo: ¿que significa esto? dijo con acento triste. Y dirigiéndose en seguida á Rodofilo: ¿quien os ha dicho, señor, que yo queria casarme? — ¿Quien me lo ha dicho, señora? exclamó lleno de asombro; sin duda quereis chancearos. — No señor, que hablando muy seriamente, os ruego que el señor cura se vuelva á sus negocios, pues nada tengo ahora que tratar con él. — Señora, ¿pensais lo que hacéis por ventura? dijo Rodofilo confundido de tal modo, que apenas pudo pronunciar estas palabras. — Ya os lo he dicho, repitió ella, no quiero casarme, á lo menos por ahora, con que haced que se vayan esos hombres.

Me es muy sensible, señor, dijo el cura, que antes de hacernos venir aquí, no os instruyeseis mejor de los sentimientos de esa dama: diciendo estas palabras salió precipitadamente seguido del eclesiástico que lo acompañaba, y Rodofilo corrió en pos de ellos rogándoles perdonasen tan inconcebible capricho.

Estaban en muda consternacion Emilia y Sofia, mirándose alternativamente, cuando volvió Rodofilo, cuyas facciones todas anunciaban su disgusto. — ¿En que he merecido, señora, ser tratado de un modo tan extraño? ¿Por que motivo me exponeis asi á ser la risa y la burla de todo este distrito? Si me habeis creído indigno del honor que solicitaba, ¿para que me dabais esperanzas? ¿Quereis á lo menos justificar con alguna razon la singularidad de semejante procedimiento? Y como repitió muchas

veces estos cargos. — Yo me explicaré, le dijo en fin, cuando estemos solos. A estas palabras se levantó Emilia de su asiento diciendo: nada os impide dar ahora mismo á mi hermano la satisfaccion que exige, y espera con tanto derecho; y llevándose á Sofia, los dejó solos. Pues si no queria casarse, decia Emilia á su compañera; ¿á que vendria esta peregrina dama á pasar una noche entera en casa de mi hermano?

Estaba tan vivamente exaltada la curiosidad de Emilia por saber la clase de este enigma, que acordándose entonces de un pasadizo estrecho que seguia uno de los lados del salon, del que solo estaba separado por un endeble tabique, se metieron ambas en él sin ruido para escuchar; y apenas llegaron, oyeron estas palabras en que prorumpió Rodofilo, con tono tan alto, que pu-

dieran oirse desde mucho mas lejos. ¿Qué, sois casada? ¡Casada....! ¿cuando....? ¿como....? ¿con quien....? — Sin razon os entregais á tan violento despecho. Estoy casada en verdad, mas puedo ser muy fácilmente descasada.— Casada y descasada: ¡que es lo que quiere decir esto! Por el cielo os ruego que me expliqueis el sentido de esas palabras, si es que tienen alguna significacion. — Tened un poco de paciencia, replicó ella, y os lo diré todo. El capitan Laval me llevó un dia á Sair-Chapel, donde se hallaba un hombre vestido de negro que nos leyó no sé que cosa en un libro á presencia de muchos de mis parientes, y creo que esta seria la ceremonia del casamiento; mas nada entendí de lo que decia aquel hombre, porque no hice otra cosa que reir desde el principio hasta el fin. Sin embargo desde

aquel momento se le ha puesto en la cabeza al capitán que soy su mujer.— ¡Luego.....! ¡Luego.....! — ¿Que importa? Ahora no se trata si no de anular ese ridículo casamiento, y debe ser fácil, pues en el día nos aborrecemos muy cordialmente. — ¿Fueron siempre esos vuestros sentimientos? — No por cierto, respondió ella: él me amó algún tiempo con pasión, y yo le amé también medianamente: mas ya me mira con la propia indiferencia que la mayor parte de los maridos á sus mugeres, y desde que os vi me es imposible sufrirle: ayudadme pues, amado Rodolfo, ayudadme á deshacerme de él. — ¿Y por que medio? — El medio es muy sencillo, podeis proponerle un desafío, por que yo sé que no es capaz de admitirlo, aunque ha hecho dos campañas; y estoy segura que mejor querrá renunciar-

me, que llegarse á encontrar con vos en el campo; y en caso que se arriesgue, tendreis ciertamente la ventaja, pues es poco diestro en el manejo de la espada.

Os agradezco, señora, tanto favor, respondió Rodofilo con cachaza; la empresa que me indicais es en efecto muy bella; mas no me hallo con humor de exponer mi vida, ó de atentar á la de otro por quitarle lo que es suyo. Yo respeto mucho las propiedades, y no envidio la dicha de mi rival; antes le deseo toda la ventura que un hombre puede gozar con una muger de virtud tan consumada, y de tan exemplar discrecion.

Ingrato, le dijo enagenada en lágrimas, ¿es este el amor que me habias jurado? ¿Así pagais el mio despues de tener pruebas de él? — Yo sé, señora, apreciar como merece un amor como el vues-

tro. La berlina que os ha traído aun no ha marchado, la pongo á vuestra disposicion para que os lleve á los brazos de vuestro marido, ó á cualquier otro parage donde os agradare ir.

Llamóle ella traidor, falso, malvado, monstruo. Mas Rodofilo, sin hacer caso de lo que le decia, tiró del cordon de la campanilla, y mandó que viniese la berlina; y nuestras dos escuchas creyeron que este era el momento de salir de su escondite, y volver á entrar en el salon. Hermana, dijo él á Emilia, te encargo esta señora, cuyo juicio está algo alterado, porque voy á salir.

Emilia, luego que se fue su hermano, dijo á Lady Laval algunas palabras de urbanidad con intencion de moderar, si era posible, su pesar; mas ella no respondió cosa alguna: llegó la berlina á la puerta, subió á ella sin mas ceremo-

nia, y volvió á tomar á galope el camino de Londres.

---

### CAPÍTULO III.

Una impresion mas que regular hizo esta aventura en las dos jóvenes amigas, y especialmente en Sofía, que teniendo un juicio sano, y una imaginacion viva, habia notado con mucha rectitud, que Lady de Laval, aunque llena de vanidad y de afectacion, no carecia de talento, y que los errores de su conducta asi con respeto á Laval, como á Rodofilo, eran, mas que de su extravagancia, efectos de la inconstancia de su humor. ¿ Quien de nosotras, decia, osará asegurar, antes que la experiencia la haya hecho conocer sus fuerzas, que

jamas tendrá que avergonzarse de la misma debilidad? Toda nuestra prudencia, ni el temor de la censura, son salvaguardias bastante poderosas para preservarnos de tal peligro; porque sujetas todas á mudanza, hasta en las cosas mas leves, á cada paso despreciamos hoy lo que ayer nos agradaba. ¿Como podremos fundadamente contar con mucha seguridad sobre la propension de nuestros propios corazones en cosas mas importantes? ¿Como hay, pues, quien contraiga sin temor una obligacion, que solo puede romper la muerte ó el divorcio, que es peor para una muger que conserve alguna delicadeza?

Efectivamente, decia Emilia, la inconstancia es sin contradiccion una debilidad peligrosa, y la mas cuerda de las mugeres no puede lisonjearse de evitarla siempre; pues si un objeto nue-

vo penetra los sentidos, la razon se turba, la imaginacion se extravía, y ya se obra sin reflexion. Si es asi, decia Sofía, que todo pudiera igualmente sucedernos antes ó despues del matrimonio, y entonces traería terribles consecuencias, creo que lo mejor es el no casarnos. — Segun eso, ¿preferirías, respondió Emilia sonriéndose, renunciar á un bien real, por evitar otro dudoso? Hablemos, amiga mia, cuanto se nos antoje sobre esta materia, tomando bien de antemano nuestras determinaciones; cuando llegue la hora, seguiremos como todas el impulso de la naturaleza.

La aventura de Rodofilo dió de este modo materia á las dos amigas para numerosas reflexiones, ya festivas, ya serias; pero Sofía, que no tenia intencion de estar mucho tiempo en el campo, se despidió de Emilia al terce-

ro dia , y regresó á Londres , donde la casualidad ofreció en el siguiente á sus meditaciones , otro lance con poca diferencia de la misma especie.

Madama Frill era una de las modistas mas famosas de esta capital , de cuya casa se proveia Sofía desde su salida de la educacion , y necesitando comprar algunas cosas entró en su tienda , y la halló muy ocupada en su mostrador , disponiendo cajas y cartones. Como esta muger era ya de bastante edad y achacosa , y Sofía habia visto siempre alli una criada jóven y muy diestra , dijo á la señora Frill, ¿ como os dedicais ahora á esa faena? ¿ Pues donde está Becky? Me parece que estais muy fatigada. — ¡ Oh! Miss Jesami , respondió la modista , seais bien venida , sentaos , y os diré que Becky es ya una gran señora , me ha

dejado, y se ha ido con sir Johnson. — ¡Con sir Johnson! exclamó Sofía muy admirada; ¡si es casado! — ¿Quién lo duda? replicó madama Frill; mas eso nada impide: Becky ha gustado de él, y él de ella, le ha alquilado un alojamiento hermoso, y están siempre juntos.

Sofía no pudo oír esta novedad sin hacer grandes exclamaciones: ¡como! ¡sir Johnson, que ha sido enamorado y loco por su esposa, y que apenas cuenta tantos meses de casado, como años le ha costado obtener su mano, abandona así á una muger jóven, agraciada y virtuosa! En verdad, madama Frill, que me cuesta mucho creerlo: referidme las circunstancias de esa aventura. — Voy á satisfaceros. Debeis saber, que yo tenia un velo muy precioso á la francesa, bordado por una religiosa distinguida con tanto primor, que

todas las flores de primavera se hallaban en él representadas al natural, entrete-  
gidas de oro y plata. Hícelo ver á mu-  
chas parroquianas, que lo admiraron;  
mas aunque lo daba muy barato (por  
cincuenta guineas) nadie le puso precio,  
porque á verdad la mayor parte de aque-  
llas señoras habian perdido su dinero al  
juego, con harto perjuicio de nosotras  
las pobres modistas. Despues de haber-  
lo tenido una semana lo rifé á la lote-  
ría á cinco guineas el billete: sir John-  
son tomó uno, y ganó el velo; y quan-  
do yo esperaba con placer vérselo luego  
puesto á su esposa, he advertido ¡quan-  
to me engañaba en tal pensamiento....!

Al dia siguiente Becky me pidió  
permiso para ir á ver á una de sus pa-  
rientas; no volvió en toda la noche, y  
al otro dia recibí de su parte esta carta:

*A madama Frill.*

» Señora : os pido perdon por haber  
 » dejado clandestinamente vuestro ser-  
 » vicio ; pero no he podido negarme á  
 » las proposiciones que me ha hecho un  
 » sugeto de circunstancias : remito, pues,  
 » á vuestras manos un tercio de mis sa-  
 » larios en recompensa de no haberos da-  
 » do aviso : y os suplico tengais á bien  
 » remitirme mi equipage con el porta-  
 » dor ; quedando vuestra humilde ser-  
 » vidora.

*Becky.*»

Extrañé bastante , como podeis pre-  
 sumir, la impertinencia de esta criatura,  
 y su osadía de escribirme semejante car-  
 ta. Sin embargo tuve serenidad para  
 preguntar al portador, de donde la traia.

De una señora Becky, me respondió, que vive en Audley Street, lo que me hizo adivinar cual era su situación; y poco despues una señora, que habia perdido sus cinco luises á la lotería, vino á decirme que habia visto á la Becky vestida con mucha elegancia, y adornada con el velo, de donde conocí al sugeto de circunstancias, cuyas proposiciones no pudo ella rehusar.

Cuando madama Frill acababa de referir su historia, entró una dama en la tienda. Hablábamos, dijo la modista, de la aventura de Becky, y como Sofía continuaba en manifestar su admiración; no veo en eso, repuso la que entró, cosa que no sea muy natural. Sir Johnson tiene una querida; era forzoso que una muger fuera bien loca para persuadirse que podria conservar para sí sola á un hombre de tan bella figu-

ra en una ciudad como esta: su mugeres, sin duda, muy linda, mas la conoce ya, y la variedad tiene atractivos.

No agradó mucho á Sofía esta doctrina, y dejando sus compras para otro dia, salió de casa de madama Frill, diciendo entre sí: tambien estan sujetos los hombres como nosotras á la inconstancia; parece que nada tiene que culpar su sexo al nuestro sobre este punto, y empiezo á advertir que el siglo presente, y sobre todo en esta capital, hay muy singulares ideas del matrimonio, espero sin embargo que Ricardo no participe de ellas.

---

#### CAPÍTULO IV.

**E**n efecto, Ricardo muy puntual á el lado de Sofía, no dejaba pasar dia

alguno sin visitarla, y ya comenzaba á borrarse de su memoria el recuerdo de la muerte de su padre. A poco que uno se dedique á observar en los jóvenes la propension del corazon humano, verá, que ningun afecto del alma se debilita con mas prontitud que el pesar que nos causa la muerte de nuestros padres, y esta disposicion natural es muy conforme á la razon: pues la religion nos exige una resignacion perfecta á los divinos decretos de la Providencia: la filosofia nos enseña, que el hombre degrada su dignidad cuando se deja abatir por la afficcion; y las leyes nos prohiben ceder á las emociones que enervan nuestras facultades haciéndonos incapaces de ser útiles á la sociedad. No diré si fue ó no alguna de estas consideraciones, la que contribuyó á restituir á Jayme su primera viveza; pero

á lo menos es cierto que bien pronto no conservó de su luto mas que el vestido: y en efecto, hubiera sido muy extraño que un jóven poderoso, digno de ser admitido en las mas distinguidas concurrencias, estuviese en medio de Lóndres enteramente sumergido en una obscura melancolía; ademas, que su afecto á Sofía debió ser tambien para él un manantial abundante de consuelo.

Imposible seria encontrar dos personas cuyas disposiciones naturales fuesen tan perfectamente análogas: ambos amables y festivos gustaban, sin exceso, de las diversiones de la ciudad; ambos tenian talento y aptitud para conocer lo ridículo; pero demasiada nobleza y generosidad para hacer uso de esta facultad en perjuicio de persona alguna. Como nada se habia mudado en su respectiva situacion eran li-

bres perfectamente entre sí, sin que esta libertad ofendiese en nada la inocencia y la modestia, y amables y urbanos, sin afectacion, á la par que complacientes uno con otro, sin que les costase violencia ni estudio.

A este retrato comun, añadiré, que ni al uno ni al otro habia dado la naturaleza muy vehementes pasiones; pues aunque su afecto mutuo era tierno y sincero, no experimentaban aquellas impaciencias, aquellas ansias, aquellas locas esperanzas, aquellos dolorosos temores, aquellos desenfrenados zelos, ni aquellas innumerables sensaciones que atormentan y desgarran á cada momento los corazones infelices de los amantes. Eran dichosos cuando se encontraban juntos; pero su separacion no la tenian por desgracia; asi ni Ricardo se sobresaltaba de encontrar con frecuen-

cia en casa de Sofía algunos de los hombres mas interesantes de la ciudad, ni á Sofía la daba inquietud saber que él era bien recibido de algunas Ladis de la mas alta gerarquía.

Aqui presumo que algunos de mis lectores van á decir, que dos jóvenes que piensan y obran asi, no tienen ciertamente uno para otro ningun atractivo, ni son capaces de ansiar; y confieso que conforme á las nociones recibidas en el dia sobre lo que se llama amor, esta conducta debe parecer algo extraordinaria, y mas bien tiene visos de una fria indiferencia, que de una inclinacion viva: amábanse, empero como se verá demostrado en el curso de esta historia, con pruebas mucho menos equívocas, que las que ofrecen todas aquellas extravagancias, y aquellos arrebatos violentos que se miran como in-

dicios infalibles del amor, fuegos y engaños que arden un momento, y se apagan en el siguiente, sin dejar tras de sí mas que un vano humo.

Luego que hubo pasado el tiempo de ambos lutos, todos esperaban que se verificase sin demora el casamiento de estos jóvenes; y así lo pensaba Ricardo, empezando á ocuparse en algunas disposiciones preliminares. Registrando un dia los papeles de su padre, encontró los artículos de un contrato matrimonial entre Sofía y él, con otro documento en que estaba declarado el dote de ella, cuyas diligencias habia hecho Jesami el mayor algunos meses antes de su muerte. Ricardo puso estos papeles en su faltriquera, y los llevó á Sofía para su aprobacion.

¿Que significa todo esto? dijo ella cuando le presentó el paquete.—Estos

son documentos concernientes á los dos, examínalos en tus ratos ociosos, y dime si quieres que se haga en ellos alguna mutacion.—Son de grande importancia, dijo sonriéndose, estos papeles, si se han de juzgar por el volúmen del paquete. — Mi padre lo dispuso todo, y tú verás si te agrada. — Venero en extremo su memoria, y estoy bien segura de que me habrá hecho justicia; mas lo veré, pues que asi lo quieres. Y al decir estas razones, los puso en un escritorio que estaba inmediato; pero ahora, continuó, no llevarás á mal que te deje, amado Ricardo, porque he prometido ir esta noche al Ranelagh, y me estan ya esperando. — Muy bien: yo tambien he dado palabra de ir á dar una música en el rio, donde sin duda me echan menos ya muchas damas, y apenas hubiera podido estar aquí tres

minutos mas: á Dios Sofía.—A Dios Ricardo: y despidiéndose, y bajando juntos la escalera, subió ella en su coche, y él en su birlocho; y cada uno se dirigió adonde estaba citado.

Lo que acaba de leerse, basta ciertamente para dar idea de la conducta habitual de estos dos amantes. Mas con una confianza mutua tan pacífica y entera, se me dirá quizá, ¿y en medio de los placeres del mundo, nunca tuvo Ricardo motivo de temer por el cariño de Sofía, y la constancia de sus sentimientos?—Sofía era la misma virtud, y esta sola, aunque no hubiese amado á Ricardo, la hubiera preservado de todos los riesgos. Pero Sofía por su parte, ¿no debió tener alguna sospecha de la escrupulosa fidelidad de un amante á quien dejaba tan completamente libre? Esta pregunta es algo mas delicada.

Como amamos sinceramente á nuestro héroe, nos creemos, por lo mismo, obligados á no disimular sus flaquezas ni sus virtudes; y así confesaremos, que tuvo en su vida algunos lancecillos que no hubiera querido llegasen á noticia de Sofía; y uno en especial, cuyas consecuencias no dejaron de causarle algunas desazones. Vamos á referirlo con todas sus circunstancias, pidiendo siempre á nuestros lectores alguna indulgencia con la juventud.

---

## CAPÍTULO V.

**E**stando todavía Ricardo en el colegio de Oxford, se suscitó entre sus discípulos una disputa polémica sobre un pasage de Persio, que cada uno in-

terpretaba á su modo, y como se hallaban en primavera, tenían los estudiantes libertad de ir, en ciertas horas, á meditar, paseándose por las campiñas y los bosques vecinos. Una tarde muy apacible, que Ricardo, muy ocupado con aquel pasage, cavilaba para hallar solución á la dificultad, embebido en sus meditaciones, se alejó tanto de la ciudad, que ya cansado se sentó al pie de una gruesa encina, y continuó estudiando con el libro en la mano, y con mas atención que antes. Tocaba ya al momento justo de encontrar lo que buscaba, cuando de repente le distrajo un leve rumor que escuchó á su espalda entre las hojas, porque el árbol en que se apoyaba estaba á la entrada de un bosquecillo; y volviendo de pronto la cabeza, vió á una aldeana jóven, fresca y agraciada, vestida con suma sen-

cillez, pero con mucho aseo, cuyos ojos eran mas brillantes que los que suelen verse en los gabinetes y en los salones. A esta vista, sin ser dueño de sí mismo, cerró su libro, se levantó, corrió hácia el objeto que acababa de herirle; ella tambien le habia visto, y huia volviendo de cuando en cuando la cabeza, mas no con tanta prisa que él no pudiese en pocos instantes alcanzarla.

Si esta jóven hubiese sido una Ladi, no se hubiera Ricardo acercado á ella si no con respetuosas cortesías; mas como era una aldeana, y los atractivos que veia llenaron su corazon de invencibles deseos, se propasó á decirle que era hermosa como un ángel, esforzándose al mismo tiempo á convencerla de que él la encontraba linda, con algunas demostraciones harto vivas. Apartóse ella sonrojada, y exclamó: ¡ah! se-

ñor , dejadme , esto es muy mal hecho, dejadme os digo. Pero nuestro estudiante no podia desalentarse tan fácilmente; y quizá hubiera sido menos modesto, sino hubiese advertido estaba con extremo asustada, y que le rogaba de rodillas con muchas lágrimas , que no la hiciese desdichada.

Ricardo tenia una alma muy honrada , y estaba dotado de una índole demasiado sensible , para no conmoverse á tan tierna vista ; ni hubiera acaso osado tanto , si no le excitase la misma débil repugnancia que ella oponia á sus primeras caricias. No temais , amada amiga , dijo levantándola , no temais de mí violencia alguna; mas si todo el amor que puede caber en el corazon de un hombre es suficiente para hacerme obtener el vuestro , pondreis el colmo á mi felicidad : decid , pues , quién sois , y

dónde habitais , á fin de volver á veros. — ¡ Ah! señor, dijo ella, eso es imposible: ¿ que dirian mis padres si viesen que un señor como vos venia á visitarme? — Yo no quiero hacer nada que os cause daño; mas presumo que vuestro padre habitará cerca de aqui, y puedo pretextar algun negocio que me facilite la entrada en vuestra casa. — Mi padre tiene una heredad cerca de dos leguas de este sitio, mas yo estoy ahora en casa de mi tio, que es jardinero, y vive al otro lado del bosque. — ¡ Jardinero! no, no es posible que pueda yo presentarme en casa de vuestro tio: ¡ fuerte desgracia! — Y ¿ por que no consentis en volver á verme en este mismo parage, añadió estrechándola tiernamente la mano? La jóven se avergonzó, bajó les ojos, y no respondió: él repitió su pregunta, la apoyó con toda la fuer-

za de su retórica ; y en fin tanto hizo, que le prometió venir al dia siguiente al propio sitio , y á la misma hora.

Con visible alegría recibió Ricardo esta promesa , que la hizo repetir exigiéndole juramento. — Ahora ya no podré pensar mas que en vos ; ¿y que nombre os daré en mi pensamiento ? — Llámome Celia. — ¡Celia! Muy bien , vos sereis mi *Celia de los bosques*, y yo vuestro *Jesami de los llanos*. Comenzaba el sol á ponerse , y tuvieron que separarse ; pero antes de partir ya dejó Celia advertir á su Jesami , que habia hecho una impresion profunda en su juvenil corazon.

Ricardo volvió al colegio con la imaginacion llena de este nuevo amor , prometiéndose de él mucho entretenimiento , sin discurrir que su aficion á la niña del campo , fuese de modo alguno

incompatible con las obligaciones honrosas que lo unian á Sofía. Esta no tenia mas que diez y seis años , y él diez y nueve ; y como la intencion de sus padres fue que no se casase hasta los veinte y uno , creyó poder permitirse entre tanto esta distraccion. Esperamos que se admita esta excusa , que á lo menos es la mejor que podemos alegar en favor de un jóven á quieu miramos con interes.

La pobre Celia experimentaba una agitacion que hasta entonces no habia sentido : acordábase con embeleso, prendada de las gracias personales de Jesami , de todas cuantas cosas le habia dicho ; y aunque ciertas libertades suyas la habrian parecido muy mal en un jóven aldeano , estaba muy dispuesta á perdonárselas á un señor que no estaba obligado á saber los usos de la aldea ;

ademas que se habia mostrado arrepentido. Asi esperaba con mas impaciencia que temor el instante de la cita, y acudió exactamente al parage convenido, donde estaba ya Jesami, que corrió á ella con los brazos ábiertos, y Celia no pudo negarle tampoco los suyos.

Sentáronse en una alturita á la sombra de unos frondosos árboles, que formaban sobre sus cabezas una especie de dosel; y si bien intentó Ricardo nuevamente probar el tierno amor, y el sencillo candor de Celia; ella le opuso otra vez sus lágrimas y sus ruegos; y asi sin pasar la raya de la inocencia, disfrutaron los dos amantes en aquella tarde deliciosos momentos.

Siempre se separaban prometiendo volverse á ver al otro dia, y siempre lo cumplian; mas alguna vez acudió Celia primero á la cita. Una tarde es-

pecialmente llegó al sitio acostumbrado, trayendo á su amado un hermoso ramo de flores atado con una cinta verde; pero Jesami no habia parecido: vióle venir luego con aire triste y desmayado, y corriendo á su encuentro le preguntó: ¿os hallais indispuerto? — ¡Indispuerto! no, Celia mia, ¡gravemente enfermo! — A la verdad que lo siento en mi alma; tomad, oled estas flores, quizá os aliviara su fragancia. — No hay, amiga mia, no hay poder en la naturaleza ni el arte para aliviar mi mal: vas á perder tu amante, voy á morir. — ¡No lo permita el cielo! exclamó ella, llorando amargamente. Decidme, decidme por Dios: ¿que causa vuestro padecer? — Vos, cruel, respondió él con fingido dolor, vos sola causais mis males, y vos sola podeis curarlos. En fin, es imposible que respire

donde vos respirais sin veros, y no os puedo llegar á ver sin sentir aumentar mis tormentos. Asi pues, he tomado la firme resolucion de dejaros, ausentándome de esta tierra desdichada.

Hallábase Celia en una afliccion inexplicable; todas sus miradas, todos sus movimientos, descubrian lo interior de su alma, y por algun tiempo no pudo articular palabra. Al fin con voz interrumpida por los suspiros, le dijo: y ¡seriais Jesami tan bárbaro que me dejaseis..., que me dejaseis para siempre....!

No me llameis bárbaro, respondió él: vuestra crueldad me obliga á tomar este partido; sois demasiado hermosa, y mi amor es harto extremado. Si deseais que viva, decid generosamente, Celia amada, que quereis ser mia como yo soy vuestro.

Pronunció estas últimas palabras con

un tono que penetró hasta el corazón de la inocente doncella; y confusa, dudosa, ya alzaba los ojos á mirarle, ya los fijaba en el suelo, ya el amor...., el irresistible amor iba á triunfar....; cuando se oyó de repente en el bosque la voz de algunos hombres que al parecer se acercaban.

¡Ay Dios! exclamó Celia, que oigo á mi tío, y si me ve aquí, no dejará de decírselo á mi padre, y sabe Dios el castigo que me espera. Apresuraos, amado Jesami, á salir del bosque; yo saldré á buscar á mi tío, y si me pregunta, le diré, que iba á llevar estas flores á una gran señora que habita cerca de aquí.

Aunque Jesami maldijo de corazón este contratiempo, nó puso dificultad en obedecer, y despues de haberla hecho jurar que volveria al dia siguiente, se separaron; pero debia ser mas larga

de lo que esperaban esta separacion, pues al volver Ricardo á su colegio encontró la carta que le anunciaba el estado crítico de la salud de su padre, y al amanecer del dia siguiente montó á caballo, y corrió á Lóndres como ya hemos visto.

---

## CAPÍTULO VI.

**A**lgunos dias despues que Ricardo habia entregado á Sofía los documentos encontrados entre los papeles de su padre, la preguntó si los habia leído. Sí, le dijo, esta mañana en el tiempo del desayuno lo he registrado todo. — ¿Tienes alguna objecion que hacer á sus artículos? — Ninguna, porque tu padre ha mirado por mis intereses tan bien, ó a-

caso mejor que pudiera hacerlo el mio. — Pues ahora, añadió Ricardo, lo que nos queda que hacer es firmar, y comparecer ante el párroco. — Sí, pero.... qué sé yo.... Algunas personas creerán que debe disponerse todo como lo dices; pero yo soy de diferente opinion, y pienso que aun nos quedan muchas cosas que hacer antes que lleguemos á las palabras sacramentales.

Algo se turbó Ricardo al oir esta respuesta, porque temió que Sofía tuviese alguna noticia de uno ó dos lances, semejantes poco mas ó menos al que acabamos de referir, lances á la verdad poco graves; pero su recuerdo no dejaba de causarle zozobra interiormente. — ¿Los sabrá Sofía, y este será el motivo porque dilata el instante de nuestra union? ¿Que apariencia....? Despues de un momento de suspension, se

apresuró á distraerse de estas ideas. Ya entiendo , dijo con aire de risa , lo que quieres decir. Desearás sin duda tener ante todo nuevos vestidos, asi para nosotros como para los criados , nuevos coches, nuevos trenes. — Nada menos que eso , amado Ricardo , nada de eso apetezco , te lo aseguro ; pienso en cosas de mas entidad : antes de unirnos con ese lazo indisoluble , debemos estar muy ciertos de no tener jamas motivo de arrepentirnos. — ¿Arrepentirnos? No creo tal peligro ; yo te ofrezco ser buen marido cuanto pueda , y estoy seguro de que tú serás una muger excelente. — Todo eso , replicó ella , depende comunmente de las circunstancias , y el que hoy tiene buenas intenciones , puede obrar muy mal mañana. En fin, amado Ricardo, debemos conocer mas el mundo, y conocernos mejor no-

sotros mismos antes de entrar en una obligacion tan seria.—En cuanto á eso, prima mia, en verdad que tienes razon; porque me parece que aun no soy á propósito para padre de familia.—Ni yo, dijo Sofía, que no me atrevo á llamarme muger, quisiera tampoco que me llamasen mamá. Así no concibo como ciertas gentes pueden resolverse á privarse de todas las diversiones de la vida, en el instante mismo que principian á probar el gusto de ellas. ¿Como no habia yo de sentir no poder salir de casa por los cuidados domésticos, cuando todas las de mi edad estuvieran luciéndolo en el Mall ó Banelagh? Y á ti ¿no te mortificaria oir decir junto á ti á las mugeres: sí, Jesami es bello mozo, pero es casado? Entonces las verias volver con desden la cara, y fijar sus ojos en algun hombre de poco seso, que

no te llevara otra ventaja mas que la de no tener muger.

Sofía que tenia siempre un no sé qué de amable en sus miradas y en el eco de su voz, pareció en aquel momento tan preciosa á los ojos de Ricardo, que echándole los brazos con la emocion mas viva : no, le dijo, jamas me serán sensibles los desdenes de otras en tanto que disfrute el dulce afecto de mi Sofía.— Tambien yo pienso, dijo ella, mirándole con hechicera dulzura, que con el amor de mi Ricardo, olvidaré sin trabajo las demas delicias de la vida. No obstante puede engañarnos nuestro propio corazon; ¡y quien sabe lo que el tiempo y los acontecimientos pueden traer!

Aqui le hizo Ricardo las mas tiernas protestas: no, no, le decia, nada puede cambiar mis sentimientos para

ti. Sofía estaba, en efecto, medio persuadida; y si esta conversacion durara algo mas, es muy probable que habrian convenido en dar la última mano á la grande obra comenzada por sus padres; es decir, se hubieran casado sin diferirlo: sin embargo no podemos asegurarlo positivamente, porque este coloquio fue en el momento interrumpido por la repentina entrada de dos señoras conocidas de Sofía.

(Aqui hay en el original la narracion de una desavenencia doméstica entre el lord y lady Fisle, de cuyas resultas fueron ambos la burla de la ciudad, cuando despues de su reconciliacion se presentaron en los paseos públicos: hemos creido conveniente suprimir esta historia, por quanto nos ha parecido poco decorosa, y nada adaptable á nuestras costumbres.)

Ahora bien, Ricardo, ¿has oído? le dijo Sofía, luego que quedaron solos: ya ves á que excesos pueden llegar dos esposos mal avenidos. Parece que algunos encuentran placer en hacerse mutuamente infelices, en exponerse al desprecio del mundo, y constituirse el juguete y el ludibrio de sus propios criados, que deben ser forzosamente los primeros testigos de sus locuras. — No debemos, sin embargo, replicó Ricardo, atribuir al matrimonio todas las extravagancias del Lord y Miladi Fisk, pues mucho tiempo antes de casarse ya hicieron ver los dos con su conducta, que no conocían otras guías que su capricho, y ese furor desenfrenado, harto comun, de hacer ruido en el mundo, dando que hablar, y aun refiriendo ellos mismos sus propias flaquezas, en lugar de encubrirlas con un velo. Mas debo confe-

sar, que alguna vez me ha sorprendido la poca armonía que he observado entre esposos, que por la conformidad de sus principios, de sus genios y de su conducta en general, parecían nacidos para hacerse perfectamente felices.

Muy justo es lo que dices, añadió Sofía, y yo he tenido ya muchas veces ocasion de hacer las mismas reflexiones: de que concluyo, que nadie debe estrechar el lazo del matrimonio, antes de conocer perfectamente lo que constituye la felicidad de este estado. No te disimulo, que de algun tiempo á esta parte me ocupo en este estudio. Esta ciudad es para nosotros grande escuela, y los dos tenemos bastantes conexiones para aprender, observando los yerros agenos, á arreglar de tal modo nuestra conduota, que nadie tenga motivo de reirse á nuestra costa.

Hablas, dijo Ricardo, como uno de los siete sabios de Grecia; y como todo está pronto, podremos casarnos cuando nos agradare: penetremos, pues, cada uno por su parte en el laberinto de los deberes misteriosos de la union conyugal: ¿mas no seria á propósito que nos comunicásemos recíprocamente los resultados de nuestras observaciones? Asi tú me instruirias de los caprichos de tu sexo, y yo á ti de los defectos del mio; y podríamos despues evitar mas seguramente los escollos, y aprenderíamos á tolerarnos las debilidades inherentes á la humanidad; con lo cual no haríamos otra cosa, que practicar de antemano una costumbre muy precisa para la felicidad de dos esposos, esto es, no tener secreto uno para otro.

Prendada quedo de tu proyecto, le dijo Sofía, y lo adopto; mas hay otro

uso igualmente esencial á la felicidad conyugal, y es no comunicar á persona alguna nuestras recíprocas confianzas. — Convenido, dijo Ricardo. — Pues ahora te diré por primera confianza, continuó Sofía, que me hallo obligada á despedirte al instante, porque he recibido esta tarde una carta de Mistrirs Marlove, una de mis antiguas amigas, que me precisa á que vaya á verla. Esta jóven, llena de honor y de virtud, no hace mas de cuatro meses que está casada con un hombre á quien ha preferido entre muchos amantes, y que aparentaba amarla con extremo: con todo, hoy se cree desconsolada y ofendida: puede ser que saque yo de allí materia para algunas reflexiones; y diciendo estas palabras, se puso los guantes y el velo, y al oír que el coche arribaba á la puerta, se separaron sin mas

ceremonia, que darse un abrazo y las buenas noches.

---

## CAPÍTULO VII.

Aunque no dudaba Sofía por la carta de su amiga, que la hubiese acaecido alguna cosa extraordinaria y aflictiva, estaba muy lejos de preveer el estado en que la halló. Echada sobre un sofá, hinchado el rostro, llenos de lágrimas los ojos, y descompuesto el cabello, ofrecia Miladi Marlove á quien la mirase, todas las señas del furor y la desesperacion: Sofía muy asustada, creyó al verla que habria perdido, á lo menos, su marido, ó su padre. ¡Ah, amada Jesami! exclamó apenas la vió

entrar: ven, ¡ con cuanta impaciencia te esperaba! ven á ver la mas humillada, y la mas infeliz de las mujeres.

¡ O cielos! dijo Sofía sentándose á su lado: ¿ de donde puede provenir semejante mudanza en tu situacion? ¡ Tú que eras tan feliz! — Yo te lo diré todo, querida mia, y cuando sepas como me veo tratada por el mas ingrato y pérfido de los esposos, aborrecerás el matrimonio, maldiciendo á cuantos hombres existen sobre la tierra. He querido verte, prosiguió, para confiarte mi sentimiento, como te confié mi amor. Ya sabes cuanto amé á este hombre; mas de mi esclavo ha pasado á ser mi tirano; y cuando habia de procurar constantemente complacerme, quiere sujetarme á su voluntad, y contradecirme hasta en las co-

sas que pertenecen de derecho á una muger.

En vano le preguntaba Sofía, mientras hablaba así, que ¿por que se afligia? ¿y de que naturaleza era la ofensa de que tanto se lamentaba? hasta que por fin descubrió, en medio de estas exclamaciones, que un criado á quien Mr. Marlove era muy afecto, habia reñido con la camarera de la señora; que esta pretendia que despidiesen al criado, y Mr. Marlove se habia empeñado y exigido, que si se iba Juan, se fuese tambien Isabel; que la cuestion estaba pendiente, y que en fin Mr. Marlove, resuelto á no ceder, habia salido de casa muy disgustado.

Cuando comenzaban las dos á conversar con algo mas de calma, entreabriendo la puerta un criado, dijo á madama Marlove, que la cena estaba

en mesa, y su amo en casa.—¿Y que importa? — Señora, respondió balbuciente el criado, es que mi amo os suplica que bajeis, y tambien á la jóven Ladi. Pues dile, replicó con tono de desprecio, que no gusto de hacer en todo su voluntad, ni comer con él mientras que Juan esté en casa.

Retiróse el criado, y Mr. Marlove subió un instante despues, y aunque tenia un aire en extremo serio, saludó respetuosamente á Sofía, y volviéndose á su esposa la dijo: sorprendido estoy de que vos misma os expongais de este modo. Las disputas de familia deben tratarse en particular: es inútil importunar á nuestros amigos, é imprudente el instruir de ellas á nuestros criados. Por Dios, considerad....—No considero nada, dijo ella interrumpiéndole, sino vuestra terquedad é ingrati-

tud : ¡negarme obstinadamente una bagatela! —Una bagatela, replicó el Lord con aire muy grave, cuando se exige con tono tan imperioso puede tener muchas consecuencias. Varias veces me habeis oido decir, que este hombre sirvió á mi padre, que me lo cedió cuando me fui á viajar, como el mejor presente que me podia hacer: que en todo el curso de mis viages me dió mil pruebas de su afecto y fidelidad, y que por tanto no puedo despedirlo sin cometer una injusticia; sobre todo cuando no hay mas motivo que las vanas quejas de una camarera.

Esa camarera, dijo ella con tono mas altanero, en tanto que es mia, debe á mi parecer ser en todo igual á vuestro criado, aunque lo hayais recientemente, y contra mi voluntad, ascendido al grado de mayordomo. Sonrojóse Mr.

Marlove, é iba á replicar, cuando entró de repente en la sala el que era causa de la contienda.

Este criado tenia muy buena presencia, una fisonomía grave, y se advertia en todo su ademan cierto aire de honradez, que correspondia perfectamente con el retrato que su amo acababa de hacer de él. Señor, dijo á Mr. Marlove inclinándose con respeto, he llegado á entender con mucho pesar, que doy ocasion á alguna desazon entre vos y mi señora; por lo tanto os ruego humildemente tengais á bien permitirme salir al punto de vuestra casa, pues no es justo que por mí haya el mas leve disgusto entre vos y mi señora.

¿Como, Juan, tanta prisa tienes de dejar mi servicio? ¿No me darás á lo menos tiempo para encontrar quien ocupe tu lugar?—Por eso que no se de-

tenga , mi camarera tiene un hermano que precisamente se encuentra sin colocacion , tengo de él buenos informes , y sé os convendrá ; si quereis estará aqui ahora mismo.

Muy bien, replicó Mr. Marlove despues de un momento de reflexion ; Juan, mañana hablaremos de este asunto: déjanos ahora , y dile á Isabel que venga. Ya palpitaba lleno de alegría el corazon de madama Marloye , oyendo hablar á su marido en estos términos , y tocando á Sofía con disimulo , le dijo: al fin venceré.

Luego que se presentó Isabel á recibir las órdenes de Mr. Marlove , le dijo este con una sonrisa , que para ella fue un feliz agüero, ¿ con que tienes un hermano muy propio para ser mi ayuda de cámara ? ¡ O ! sí señor ; si lo permitis : es un mozo agil que todo lo sa-

be hacer; peina con perfeccion, hace los bucles de última moda si es necesario; y á mas es un jóven sumamente ascado, que os convendrá cien veces mas que ese viejo caviloso que ahora os sirve.

Pues bien, Isabel, te he llamado para decirte que no necesito de tu hermano, y que tú no has de pasar mas que esta noche en mi casa, y asi recoge tu ropa, y disponte para irte mañana por la mañana. Quiso hablar Isabel, mas él la detuvo con tono firme y decidido: no hay que replicarme, no quiero chismosos en mi familia, quítate al instante de mi vista, y no vuelvas á ponerte delante de mí.

Aunque esta criada no carecia de desahogo, la dejaron tan fuera de sí estas palabras, y las miradas que las acompañaban, que no se atrevió á pro-

ferir una sola, hasta que al bajar la escalera comenzó á murmurar.

En vano emprenderia ahora expresar á qué grado subió de golpe el furor de madama Marlove, cuando tuvo esta última prueba de la firme resolucion de su marido, despues de haberse lisonjeado de que iba á ceder. Quería hablar, mas la sufocaba el exceso de su cólera: corrió á su cuarto, y se arrojó sobre su cama, donde probablemente se hubiera desmayado, si Sofía que la habia seguido, no hubiese cortado con prontitud los lazos de su vestido. Bien pronto recobró el sentido, y un vaso de agua que le trajo entonces Isabel evitó todo accidente, mas apenas volvió á tener el uso de la voz, reiteró sus invectivas contra lo que llamaba la injusticia de su marido; y aunque Sofía queria inspirarla sentimientos moderados,

fue presto interrumpida por Isabel, que dijo con tono bastante insolente: á fe mia que esta señora tiene tanta razon de estar enojada como yo: ¡tratarme de esa manera! Es cierto que el señor usa de modos muy extraordinarios, y que hubiera podido hablar con algo mas de respeto á una muchacha como yo. — ¡A una muchacha como tú! ¿Que dices? ¡modos! ¡respeto! ¿Te has olvidado de que el hombre de quien hablas es mi marido?—No señora, contestó con mas firmeza, nada olvido ni debo olvidar; pero aun me atrevo á decir, que Mr. Marlove nos trata muy mal á vos y á mí.— ¡A ti y á mí! gritó madama Marlove; ¡pues que somos lo mismo las dos! Entonces dirigiendo totalmente su cólera contra Isabel, saltó de la cama diciéndole á gritos: sal de aqui ahora mismo; vete, que no quiero tener junto á

mí una insolente como tú. — ¡Insolente! está muy bien; mas no espereis que yo ponga empeños para quedarme á vuestro lado; hay otras casas en la ciudad. — Mucho mas hubiera dicho, si la presencia de Mr. Marlove, que entró al momento en el aposento, no le cerrara los labios, y salió por una puerta mientras que él entraba por la otra.

Avergonzado de ver que Sofía habia sido testigo de esta indisposicion, Mr. Marlove resolvió terminarla, si era posible, antes que se fuese, y con esta intencion subió al cuarto de su muger, queriendo mejor ceder algo de lo que los maridos llaman sus prerogativas, que dejar partir á Sofía con la idea de que hacia un uso demasiado riguroso de ellas.

Al entrar en el cuarto conoció fácilmente Marlove, que se habia suscitado

alguna disputa entre Isabel y su esposa ; y aprovechándose de este accidente , le dijo acercándose muy jovial : espero, querida mia, que estareis ya desengañada de las intenciones y el mérito de vuestra camarera. Esa es una impertinencia á la verdad ; mas ¿ que hay que extrañarlo ? Cuando un marido no trata bien á su muger , debe esperar ver este egemplo seguido por sus criados ; asi á vos solo debo atribuir el poco respeto que me tienen los mios. — No me acuseis de una culpa que soy incapaz de cometer ; pues conozco demasiado lo que valeis para dejar jamas de trataros , sea en público , sea en particular , con toda la complacencia y la ternura que tiene una muger derecho de exigir.

Si asi fuera , dijo ella con tono mas suave , no me opondrias tanta contra-

diccion por bagatelas. — Jamas vereis que yo os contradiga en nada de lo que mi razon me permita concederos, ó la vuestra despues de una madura deliberacion os permita desear: y en quanto al motivo de nuestra diferencia actual, os ruego solamente que lo dejemos hasta mañana, y si entonces no habeis mudado de opinion, me esforzaré á sacrificaros la mia.

Amiga mia, dijo Sofía sonriéndose, he aqui una proposicion muy digna de aceptarse; si te niegas á ella, te echaré toda la culpa de esta desavenencia. — Muy severa te mostraras conmigo, respondió madama Marlove; sin embargo por darte gusto, quiero acceder á esa condicion. — Celebro, contestó su esposo, obtener vuestro consentimiento por mucho que me cueste, y ahora espero que bajemos, pues hace mas de me-

dia hora que está servida la cena.

Madama Marlove rogó que la dispensasen , suponiendo que no se hallaba en estado de tomar cosa alguna ; pero su marido repitió tanto sus instancias unidas á las de Sofía , que al fin se dejó vencer , y bajó con ellos. Todo el tiempo que duró la cena estuvo observando Sofía , y su vista penetrante descubrió fácilmente , que aunque se trataban con mas dulzura que era de esperar , y habia moderado mucho su arrogante inflexibilidad, ninguno de los dos estaba sinceramente dispuesto á sacrificar su voluntad á la del otro.

Las disculpas que dieron á Sofía por la poca diversion que pudo ofrecerle esta visita , y sus cortesananas respuestas, llenaron el resto de la noche ; y como ya se hacia tarde , luego que se acabó la cena , se despidió Sofía de los dos

medio reconciliados esposos , y regresó á su casa , llena de una multitud de ideas y reflexiones que hacian nacer en su entendimiento las escenas que acababa de presenciar.

---

### CAPÍTULO VIII.

**T**eniendo presente Sofía la conducta de madama Marlove , no podia menos de condenarla ; sin embargo que no aprobaba en todo la de su marido : mientras que fue su amante , decia , jamas osó contradecirla en una palabra , y admiraba hasta sus defectos : asi si ella es hoy orgullosa , dominante y vana , es efecto legítimo de aquella excesiva y peligrosa complacencia. No sé por qué los hombres se empeñan en persuadirnos

que somos deidades , para prepararse el trabajo de hacernos conocer despues lo que somos , y nada mas. No obstante es preciso decir tambien , que una muger, por poco juicio y razon que tenga , debe apreciar en su justo valor aquellos exagerados elogios que se nos prodigan antes del matrimonio , mirando todas esas adulaciones como fórmulas de estilo , que pueden lisonjear nuestra vanidad , mas nunca decidir nuestro juicio para hacernos creer que las merecemos, y que tenemos derecho de esperar su continuacion. La posesion que destruye en el hombre la esperanza y el temor , nos despoja repentinamente de esa autoridad imaginaria, y no nos queda otro poderío sobre él que el de la dulzura , el cariño y la virtud.

Asi raciocinaba Sofía , y al cabo no veia otra excusa que alegar en favor de

la conducta de madama Marlove mas que su juventud, y falta de experiencia. Aguardaba impaciente á Ricardo para referirle esta aventura, y saber lo que pensaba: mas aquel dia él no pareció, causándole alguna sorpresa, porque rara vez pasaban veinte y cuatro horas sin venir á verla; la causa de su ausencia fue el accidente que vamos á referir.

Al entrar en su casa la noche antecedente se halló con un convite de parte de uno de los mas íntimos amigos de su padre, para que concurriese á una funcion que daba á todos sus conocidos. La esquila venia tan eficaz, que aunque no tenia para Ricardo mucho atractivo aquella sociedad, que presumia debia ser poco análoga á su gusto y á su edad; sin embargo concurrió á ella, y quedó muy agradablemente engañado

en su conjetura , cuando se halló en un espacioso salon magníficamente adornado , y lleno de la mas brillante concurrencia de ambos sexos , congregada para celebrar uno de los mas plausibles acontecimientos de la vida doméstica ; la reconciliacion de dos esposos mucho tiempo separados por el divorcio ; estos eran el dueño y la señora de la casa.

Nada prueba mejor , decia el primero á todas las gentes , la sinceridad de nuestra conversion , que la franca confesion de nuestros errores. Confieso, pues , altamente , que poseia un tesoro mucho antes de la edad propia para conocer su valor ; pues tenia en mis brazos á mi esposa , no de otro modo que un idiota lleva en el dedo un diamante , sin reflexionar que la primera persona, cuyos ojos se deslumbraran con su

brillantez, podia quitárselo. Busqué fuera de mi casa falaces delicias que tenían mi corazón constantemente agitado, y no lo llenaban jamas, hasta que gracias al cielo se ha servido otra vez darme mi tesoro para una edad mas moderada; y ya desengañado de todos mis errores, no quiero andar en pos de otra dicha, que la de vivir pacíficamente con mi amada compañera. Y al decir estas palabras besaba la mano de su esposa.

Esta era aun hermosa, aunque habia pasado de la edad juvenil. No puedo soportar, repuso con sonrisa muy agradable, que os cargueis con toda la culpa de la desavenencia que nos ha dividido tanto tiempo: tambien á mí me toca parte de ella. Si vos habeis andado harto distraido, yo he sido en extremo inconsiderada; no me he decidido á proporcionaros placeres en vuestra ca-

sa, no he tenido idea alguna de los deberes de mi estado, y me he conducido, no como una madre de familia, sino como una niña. Mas ahora, gracias al cielo, tengo otros pensamientos, y mi estudio constante será reparar mis antiguas faltas.

Asi cada uno de estos dos esposos reunidos, se acusaba de los errores de su conducta pasada; y mientras que hablaban de este modo, pocas personas se hallaban en la concurrencia, tanto de uno como de otro sexo, que no tuviesen los ojos bajos, conociendo en lo interior de su corazon que no estaban totalmente exentos de los mismos errores.

Cuando Ricardo, segun habia convenido con Sofía, observaba atentamente los semblantes de los que presumia que eran casados, descubrió por las miradas, que uno de ellos en particular

las dirigia en cuando en cuando á su muger, que estaban lejos de vivir en perfecta union. No habiendo jamas visto ni al uno ni á la otra, y no teniendo ni su estado ni su humor, le era imposible adivinar cuál de todos seria el autor de las desazones: mas como el marido era el que parecia mas disgustado, concluyó acaso con alguna parcialidad, que era la muger la culpada.

Imposible es que los casados cuando tienen entre sí algun motivo de queja, real ó imaginaria, oculten su pena á la vista de los demas, por mas diestros que sean en el arte de disimular; se dejan ver, á pesar de los esfuerzos, los sentimientos de su corazon; cada gesto, cada mirada descubre su interior padecer, y esto demuestra que los disgustos que proceden de los afectos conyugales, son los mas difíciles de soportar.

Ricardo supo que este hombre era uno de aquellos entes que la fortuna no puede hacer felices; que se entregan al triste placer de forjarse fantasmas, y estan siempre temblando delante de las visiones míseras engendradas por su imaginacion. No era seguramente su muger una hermosura; mas podia decirse que no era desagradable: tenia ademas un carácter alegre sin afectar seriedad en el semblante, manifestaba suma modestia en sus acciones. Su marido celoso, á pesar de tantos motivos para vivir con tranquilidad, tenia la manía de presumir, que cualquiera que la miraba lo hacia con secretos designios que ella aborrecia.

Concluyóse la funcion con una especie de baile, y como habia en la sala mas hombres que mugeres, el suspicaz esposo se retiró á un rincon con

otros dos, y los tres comenzaron á beber á la salud de los que bailaban. Hizo la casualidad que tocase á Ricardo por compañera la muger del celoso; y entonces sí que fue una escena cómica ver la inquietud con que este seguia sus movimientos: los que estaban sentados á su lado le vieron mudar de color; temblábanle los labios cuantas veces se aproximaban, ó se daban la mano; y si hacian algun paseo, todas las facciones de su rostro padecian convulsion. Le daban de beber en vano, porque nada podia distraerlo, ni miraba sino á su muger y al hombre en quien sospechaba la intencion de usurpar sus derechos: en fin no pudiendo ya resistir, apenas comenzaba la segunda contradanza, se levantó diciendo que era forzoso irse, porque tenia que escribir algunas cartas importantes, de que no

se habia acordado antes. Entonces el dueño de la casa le instó inútilmente á que se quedara : otras muchas personas le rodearon con la misma solicitud, y esta escena puso todo el baile en conmocion ; sino podeis estar mas , nos dejareis á lo menos á vuestra esposa , que sin duda no tendrá cartas que escribir.

Sí , sí , respondió con mucha alteracion , mi muger puede quedarse , si le parece ; yo no la necesito , ni ella á mí. Cuando decia esto , ya su muger se habia adelantado para despedirse de la señora de la casa ; y aunque las demas le rogaban que se quedara , se manifestó determinada á seguir á su marido ; pero era fácil conocer que tomaba este partido á pesar suyo , y solo por el temor de pagar demasiado caros despues en su casa algunos instantes de diversion.

De este modo hay hombres que promueven la misma desgracia que se proponen evitar. Si esta jóven hubiese sido algo mas hermosa, por decirlo todo, algo mas discreta, no habria faltado ciertamente en la sala quien irritado por la conducta del celoso, diese algun fundamento á sus vanos temores; ademas que de esta suerte se hizo despreciable á los ojos de todos, al paso que la conducta de su muger la dió gracias y atractivos, que á no ser por él nadie hubiera advertido.

Callaremos las sátiras y los dichos á que dió lugar este lance; mucho mas hubiera sido, si la orquesta no hubiese llamado á los nombrados á su puesto. Cada uno hizo sin duda interiormente sus reflexiones sobre este suceso; pero para Ricardo en particular fue una leccion utilísima.

## CAPÍTULO IX.

Cuando nuestros dos amantes se refirieron mutuamente lo que se acaba de leer, fue el resultado unánime de sus reflexiones, que la mayor parte de los disgustos que experimentan los casados, provienen de haber entrado á ciegas y muy precipitadamente en el estado del matrimonio.

Si esos dos esposos reconciliados, decía Sofía, hubieran cuidado antes de su himeneo, de instruirse de sus respectivos deberes, y de adquirir las prendas necesarias para desempeñarlos, es probable que jamas hubiesen caído en los errores que fueron causa de su separación. El celoso, continuó, habria tenido menos que padecer, si antes de casarse se hubiera dedicado á penetrar los

principios y las disposiciones de su mujer, y á conocerse á sí mismo. Y si madama Marlove, dijo Ricardo, hubiese sabido estudiar el carácter de los hombres en general, no fuera en el dia tan vana, que esperase de su marido la humilde condescendencia, y la ciega docilidad de un amante. Todos estos esposos han errado, porque todos se han dejado llevar de esa inclinacion impetuosa y desreglada, llamada amor; de que creo, Sofía mia, que haremos bien en preservarnos mientras podamos. — ¿Es este tu parecer? respondió Sofía sonriéndose. — ¿Y el tuyo? — ¡O! yo continuo en la resolucion de esperar y examinar todavía. — Esperemos, dijo Jesami; pues asi lo quieres.

Con tales contemplaciones se exponia Sofía sin saberlo á algunos riesgos; pues conforme á sus intenciones,

Ricardo no dejaba de observar en el círculo de sus conocimientos, todo lo que podia tener alguna relacion con su objeto; mas á veces sucedia que en estas escenas de observacion, llevado por las circunstancias, venia á ser el mismo actor; y acaso no era interes bien entendido de Sofía, el que Ricardo llegase á ser tan maravillosamente sabio.

En medio de sus divertimientos no olvidaban Ricardo ni Sofía el cuidado de sus negocios; iban con frecuencia, y siempre juntos, á conferenciar con Sir Tomas Welbi, letrado, á quien sus padres habian nombrado curador de los bienes de los menores; y ambos vivian con método, usando de economía, sin mezquindad, y de generosidad, sin profusion. Un dia que Ricardo casi no se habia separado de Sofía, extrañaron re-

cibir una carta de su curador, en que les pedia fuesen á su casa aquel dia, para hablarles de un asunto que no admitia demora; y en efecto, al instante que la leyeron tomaron el coche de Sofía, y se dirigieron á casa de Sir Tomas Welbi: mas ahora es necesario que hagamos un resúmen del estado de los negocios de ambos primos.

Por mas que habian procurado los padres de nuestros dos amantes, dejarles un caudal asegurado y libre de inconvenientes, no pudieron lograrlo cual deseaban. Es del caso saber, que uno de los abuelos de la familia Jesami, padre de dos hijos, por haberle disgustado el mayor lo habia desheredado, y pasado al segundo todos sus bienes, que consistian en tierras considerables situadas en el condado de York. Los dos Jesamis padres de Ricardo y de Sofía,

procedentes de la rama segunda, habian quedado únicos poseedores de estos bienes; mas existian otros dos Jesamis de la rama primera, de los cuales el uno llamado Jorge habia seguido el estado eclesiástico; y la otra Adelayda habia hecho, por su belleza, un rico casamiento en Irlanda, donde habiendo enviudado hacia muchos años, disfrutaba de riquezas bastante considerables. Varias veces esta viuda y su hermano habian hecho tentativas para recobrar la herencia de su abuelo: y aunque la exheredacion se habia verificado mucho tiempo antes, sus derechos podian ser fundados de suerte, que si les hubiesen admitido los atrasos, y las indemnizaciones que habrian exigido de la rama segunda, hubieran reducido á muy poco ó nada la fortuna de Ricardo; por lo menos habria materia para

un largo pleito. Jorge Jesami, hombre piadoso, contento con su suerte, aunque era poco rico, y padre de dos hijas jóvenes, seguía con tibieza este negocio; pero su hermana Miladi Kilcarney le promovía con harto calor, y tomando con mas viveza el interes de las dos nietas, habia encargado formalmente á un letrado que entablase el pleito, y le continuase con vigor, aunque la costase la mitad de su caudal. Por fortuna el letrado á quien recurrió no era otro que Sir Tomas Welbi, y este naturalmente conciliador, se dedicó desde luego á parar el golpe que amenazaba á sus dos pupilos; representando á la viuda Kilcarney, que sin empeñarse en semejante litigio podia casar ventajosamente á sus dos nietas hijas de Jorge, en especial á la mayor llamada Agata, que era muy linda, segun decian;

y que así sin pleito ni ruina todos podían quedar contentos.

Con este designio veía Sir Tomas con frecuencia á Jorge Jesami y á su familia, y adelantaba no poco en sus proyectos de conciliacion, mas cayó él mismo en un lazo á que no estaba prevenido. El amor es de toda edad, y los jóvenes no son los únicos á quienes arrastra al peligro sus yerros. Sir Tomas Welbi, viudo hacia mucho tiempo, rico, y sexagenario, sin proponerse mas que hacer bien, estuvo cerca de hacerse á sí mismo mucho mal. La amable Ágata, hija mayor de Jorge Jesami..... Mas debe reservarse esta relacion para otro momento.

A fin de conferenciar sobre este negocio, habia llamado Sir Tomas á Ricardo y á Sofía, que informados de lo que se trataba encontraron muy pronto

un medio: sin haberse puesto de acuerdo, declararon los dos en el instante, que estaban prontos á partir sus bienes con sus primas, aunque no habian tenido todavía ocasion de conocerlas, por causa de la enemistad que reinaba entre las dos ramas de esta familia. Sir Tomas elogió su buen natural y generosidad; pero rehusó sus ofrecimientos, y les encargó el silencio; diciendo únicamente, que esperaba arreglar este negocio de otra manera. Retiráronse despues de haber dado las gracias á Sir Tomas por sus favorables intenciones; y sin zozobra ni la menor inquietud volvieron á seguir el curso de sus divertimientos y observaciones.

## CAPÍTULO X.

Entre todos los sitios de diversion que ofrece á la juventud la grande y opulenta ciudad de Lóndres, ocupaba un lugar distinguido la casa de Ladi Rake, por ser donde se reunia y jugaba la sociedad mas brillante. Ricardo iba alguna vez á ella; y una noche en que habia juego fuerte perdió cuanto llevaba, asi en dinero como en billetes del banco.

Despues de esta desventura se retiró á una ventana donde procuraba tranquilizarse, cuando oyó, no lejos, la voz de una muger, que jugando en otra mesa habia perdido tambien todo el dinero, y no tenia serenidad bastante para sufrir tranquilamente su pérdida; volvióse Ricardo, y vió que era la espo-

sa de Lord Drinton , la hermosa y célebre Liberia.

¡ Maldito sea el juego ! exclamaba: nada absolutamente me queda. Sí , hago voto de no jugar mas en mi vida; y diciendo estas palabras se levantó de la mesa. Paciencia , señora , le dijo Ricardo , en mí teneis delante un compañero de infortunio. — ¿ Vos tambien habeis perdido todo el dinero ? — Todo á fe mia ; asi nada tenemos que decir uno de otro.

Sin embargo , dijo ella , es preciso al menos pasar el tiempo : ¿ os parece que hagamos una partidilla de cientos , ya que no podemos con los demas ? — Con mucho gusto jugaremos los dos sobre nuestra palabra de honor. — Puede ser que no arriesguemos gran cosa , repuso ella con risa. — Estoy pronto , dijo Ricardo , á fiarme en vuestra pala-

bra, si quereis fiaros en la mia.—Muy bien; pero creo que seria contra regla jugar á crédito. Jugaremos mi solitario (llavábale en el pecho) contra la sortija que teneis en el dedo.

Apreciaba mucho Jesami esta sortija, no por su diamante que era muy bueno, sino porque se acordaba que se la habia dado su padre algunos tiempos antes de su muerte. Admito, dijo despues de un instante de reflexion, complacer vuestra proposicion; pero deseo convengamos en que las alhajas han de trocarse por suma que os sirviereis prefijar. Ademas, vuestro solitario tiene mas valor que mi sortija.—Como quisiereis, dijo ella; juguemos, pues, veinte guineas sobre estas dos prendas. Habiendo Jesami consentido, se arrimaron á una mesa desocupada; y desprendiendo Liberia su solitario, y sacando Je-

sami la sortija de su dedo, pusieron las dos prendas debajo de un candelero, y principiaron á jugar. La victoria fue vivamente disputada por ambas partes, y la fortuna vaciló mucho rato incierta, hasta que al fin se declaró por Jesami.

¿Se podrá dar tal desgracia? exclamó Liberia. Vamos, continuó barajando las cartas, veinte guineas mas ó treinta si gustais; asi os deberé cincuenta, ó me debereis diez. Convidábala Jesami á dejar el juego; mas ella nada quiso entender. Fijóse el punto, y tuvo la ventaja de la mano; pero inútilmente, porque al momento la presentó Jesami quintos, catorce, y el punto.

Ya veo, dijo llorando, que esta noche todos los planetas del firmamento se han conjurado contra mí; y diciendo estas palabras se levantó. Habeis ganado,

prosiguió; sé vuestra casa, y os remitiré vuestro dinero dentro de uno ó dos dias. Y sin esperar respuesta salió de la sala muy agitada.

Ricardo era tan sensible, como Liberia hermosa, y conmovióle su afliccion; y como su corazon se llenó de repente de sentimiento, que hasta entonces no habia experimentado, la siguió, llevando en la mano el solitario; y alcanzándola al atravesar otra pieza para tomar la escalera: señora, le dijo, no puedo permitir que esteis privada, ni un momento, de un adorno que os sienta tan bien. Dignaos, pues, de admitir vuestro diamante, y creer que yo me fiara de vuestra palabra para una suma mucho mas considerable, que la bagatela de que me sois deudora.—No, Mr. Jesami, eso no debe ser, díjole Liberia: yo ignoro cuando podré pagaros

esa cantidad; pues Milord está en el campo, y aunque estuviese en Lóndres, no quisiera que supiese mis pérdidas al juego, ni es mi ánimo noticiarlas á su agente de negocios. Guardad, pues, el diamante hasta que yo pueda recobrarlo. Todo esto lo dijo con tono que manifestaba claramente cuanto sentia desprenderse de él.

Ocurrióle entonces á Jesami una idea tan rápida como de relámpago: „Una vez que insistis, dijo mirándola con ternura, en precisarme absolutamente á tener en mi poder alguna cosa vuestra, permitidme á lo menos que cambie esta prenda por otra: os acompañaré si lo permitis á vuestra casa, y veré vuestras joyas; y sin duda encontraré entre ellas alguna que me convenga, y de que os desprendais con menos pena.”

Ya no debo, dijo ella sonriéndose,

negarme á vuestras atentas proposiciones. Entonces recibió el solitario; aceptó su mano para bajar la escalera, y subió á su coche, y siguióla Ricardo en su birlocho. Luego que llegaron á su casa, le condujo directamente á su tocador, donde encontraron á la camarera ocupada en alguna labor, mandóla preparar el refresco; y díjola que la dejase para arreglar unas cuentas. En efecto, luego que salió su camarera, abrió Liberia un cajon, presentando á Jesami todas sus joyas.

Ve aqui, le dijo, todas mis alhajas. — Hermosas deben ser, repuso Ricardo sin mirarlas, pues que son vuestras; pero ¿que valen esas alhajas á par de las gracias que brillan en vuestra persona? ¿Iguala el resplandor de los diamantes al de vuestros ojos, ni puede el rubí compararse al carmin de vues-

tros labios? Diciendo estas palabras la miraba con cariño: hallábanse solos, y Liberia era débil.... Mas oyéronse algunas voces en la escalera, y llamó para saber quien venia: entró al punto su camarera, y la dijo que eran dos señoras de la tertulia de Ladi Rake, que habiéndola visto salir con precipitacion temian se hallase indispuesta.— ¡Dios mio, dijo Liberia, y que importuna es la amistad de ciertas gentes! ¿Por que no les has dicho que estoy buena, y ocupada en mis negocios? — Asi lo he hecho, señora; pero me han respondido que querian absolutamente veros.

Pues ya no hay que vacilar: es forzoso que salga á recibirlas, porque de lo contrario vendrán á buscarme aqui. Bien podeis disculparme, Mr. Jesami: no es regular os vean en mi gabinete; y

volviéndose á su camarera le dijo: conduce al señor; y salió de su gabinete para recibir su visita: y Ricardo bajó por la escalera falsa, guiado de la camarera.

---

## CAPÍTULO XI.

**A**unque Ricardo no tenia en este punto una vanidad afectada, sin embargo era imposible que semejante acontecimiento dejara de lisonjear su amor propio, siendo Liberia una muger de alta distincion, jóven, hermosa, y propia para excitar el respeto y la admiracion de todo hombre que la viera. Hace, pues, decia interiormente, mucho tiempo que me ama, porque de otra suerte ¿como puede explicarse su pronta condescendencia?

Como su salida fue tan precipitada, no pudo pedirle permiso de volver á verla, como la política exigia. Presentóse, pues, en su casa el dia siguiente por la mañana, bien seguro de encontrar un recibimiento favorable, en virtud de las pruebas de benevolencia que habia recibido la víspera. Liberia salia de su tocador disponiéndose para ir á la corte cuando la anunciaron á Jesami: mandó que le hiciesen entrar, y él la saludó con la libertad de un amante favorecido: mas cual fue su sorpresa cuando mirándole con imperio, y con semblante severo, le dijo: advierto en vuestros modales, Mr. Jesami, una familiaridad que ni es propia, ni yo debo consentir. Él quedó tan atónito, que no supo en el momento qué responder; pero luego la dijo: pensé, señora, que habiéndoos dado mi corazon, me de-

biais en cambio el vuestro, y.... Yo no tengo ninguna pretension á vuestro corazon, y el mio es de mi marido. — Si es asi, ¿por que me habeis permitido ayer creer que tendria alguna parte en vuestro afecto? — Lo que pasó ayer fue puramente accidental, y efecto de una pérdida que comprometia mi honor: en cualquiera otro caso sé lo que debo al de mi marido: á Dios, me esperan en la corte. Mr. Jesami, no olvidéis cuando volvamos á vernos, que soy la esposa de Lord Drinton. No bien pronunció estas palabras, cuando salió del aposento, dejando á Jesami en una situacion que no es fácil pintar: retiróse ella, y bajó la escalera entre irritado y corrido.

No obstante lo que ocupaba entonces su pensamiento, no era tanto la mortificacion de su vanidad, como lo incom-

previsible de un proceder tan extraño y contrario á las disposiciones naturales de las mugeres; y mientras mas cavilaba, mas se confundia.

Cuando ha sido el ánimo violentamente agitado, cae bien pronto en un profundo desmayo. Ricardo fue aquel dia á comer á una fonda donde le esperaban varios de sus amigos; pero estuvo triste y taciturno, cuando regularmente era la misma alegría: en vano le preguntaban la causa de su tristeza; solo daba respuestas evasivas, hasta que habiendo, al fin, quedado solo con uno de sus mas íntimos amigos llamado Belpin, no pudo resistir mas al deseo de hablar de su lance; y con efecto se lo refirió, aunque sin nombrar la heroína.

No bien acababa su narracion, cuando Belpin, lejos de manifestarle su ad-

miracion como esperaba , soltó tal carcajada, que por algunos minutos no pudo hablar. ¿Crees , dijo Jesami , que es un cuento de invencion mia ? No á fe, respondió Belpin : antes creo de tal modo la realidad de los hechos que acabas de referirme, que salgo fiador, si es necesario , de su certeza ; y aun haré mas, apuesto á que te digo el nombre de esa Ladi : estoy seguro de que es Liberia.— ¡Como! exclamó atónito Ricardo , ¿por que indicios puedes formar semejante conjetura ? ¿Que parte de mi relacion ha podido hacértelo adivinar....? Ninguna á la verdad , dijo Belpin , no porque tenga en ella imperio el amor ; antes es la criatura mas insensible del mundo : sus extravíos nacen del furor del juego ; y este furor es en ella tal, que quisiera jugar eternamente. En una palabra, querido Ricardo, si no hay jue-

go , no hay amor ; y como pierde mas en un mes , que lo que Lord Driston tiene en un año , y no quiere por temor ó por afecto , que sepa lo que pierde su marido , la es forzoso recurrir á medios poco decentes.

Despues de tan clara explicacion, que libertando á Ricardo de todas sus ansias, dejó su ánimo perfectamente tranquilo, pasaron juntos los dos amigos el resto del dia , divirtiéndose mucho con los extraordinarios principios de conducta y de virtud de Liberia.

---

## CAPÍTULO XII.

**L**os viejos regularmente pausados, y envanecidos, por decirlo asi, con sus años, niegan á la juventud la facultad

de reflexionar, de comparar, y aun de discernir el bien y el mal. Esta preocupacion anuncia en los que la manifiestan menos discernimiento, que el que suponen en aquellos á quienes desprecian; porque si por una parte la juventud demasiado fogosa, es susceptible de vanidad, de violencia, y de precipitacion; por otra la flemática vejez está sujeta á los accidentes de un humor descontentadizo de la obstinacion y del orgullo. En estos dos extremos de la vida humana, las diversas disposiciones del temperamento obran muy poderosamente sobre la voluntad, y quitan la mitad de su fuerza. Las facultades del entendimiento se debilitan precisamente, á medida que el cuerpo pierde su vigor. La sutileza de concebir, la prontitud de pensar, y en una palabra, lo que se llama talento, son patrimonio

de la juventud, con tal que los órganos por donde se manifiestan las operaciones del alma esten en toda su fuerza, y que las pesadumbres ó las enfermedades no los hayan entorpecido. La vejez es cuerda en razon de su experiencia, y la experiencia, como dice el poeta Driden, es muy cara, comprada á precio de las facultades, y de los atractivos de la juventud. No puede, pues, negarse que los jóvenes son capaces de hacer las reflexiones mas sólidas y exactas, siempre que no traben su razon el atractivo del placer, la exaltacion de los sentidos, ó el movimiento de las pasiones.

Nuestro Ricardo era uno de los jóvenes que jamas hacia nada de lo que condenaba su razon sin convencerse y sonrojarse al punto de su error; y su aventura con Liberia fue para él una

de las mas útiles lecciones que la experiencia le podia dar. No tenia pasion al juego , ni aun jugaba sino en un caso forzoso ; y como perdia las mas veces , nunca se levantaba de la mesa sin decir entre sí : mejor uso hubiera podido hacer de mi dinero ; y si tal vez ganaba , sentia sinceramente haber privado de aquellas cantidades á personas para quienes acaso eran necesarias , al paso que eran superfluas para él.

Comparando las diferentes diversiones usadas en la sociedad , no veia ninguna que le pareciese menos digna de la atencion de un hombre de juicio y de honor : todas las otras diversiones , decia , llevan consigo algo útil y entretenido : unas lisonjean los sentidos ; otras egercitan el cuerpo , ó dan descanso al espíritu ; mas ninguna de estas ventajas ofrece el juego , que no sa-

tisface gusto alguno de la naturaleza; enerva el cuerpo, teniéndolo en una inaccion demasiado larga; agita dolorosamente el corazon; en fin, es una fatiga que seria insoportable si hubiese de soportarse por fuerza; y aun hay mas: un amor desordenado al juego, nunca proviene sino de codicia; pasion sórdida que destruye todo sentimiento noble, generoso y sincero, al mismo tiempo que rompe aquellos vínculos de sociabilidad formados por la naturaleza entre el hombre y el hombre. El que se da á este vicio no tiene mas deseo, que despojar con un infame triunfo á su contrario, sea su amigo, sea su hermano; y el anhelo de los jugadores no puede satisfacerse hasta que uno de ellos quede completamente arruinado, ya por el agravio de la fortuna, ya por la superior habilidad de su antagonis-

ta. Conforme á estas reflexiones tenia Ricardo la generosa resolucion de no volver á jugar en su vida, resolucion que no quebrantó jamas en lo sucesivo.

No tenia el juego ningun atractivo para Sofía, pues solo jugaba á los de sociedad; asi cuando Ricardo le participó sus ideas sobre esta materia, se apresuró á unir su juramento al de su amante, y este juramento fue para ella la abjuracion de un hábito incómodo, y no el sacrificio de un deleite. Mas ¡cual fue su sorpresa al saber la aventura de Liberia! ¡Cual su mortificacion de ver que una persona de su sexo, distinguida tanto por su nacimiento como por sus riquezas, extraviada únicamente por la pasion del juego, podia descender á tan bajas complacencias, y aun pretender justificar su conducta, alegando por es-

cusa la propia causa que ponía el colmo á su deshonor.

No puede dudarse que Ricardo celebró en extremo hallar en su hermosa amiga sentimientos tan conformes á los suyos. Habíala contado brevemente, y con las circunstancias que permitía la modestia, toda la historia de Liberia con él mismo y con Belpin; pero habia tenido gran cuidado de callar el nombre de los actores de esta escena: y si mas adelante supo Sofía que Ricardo habia sido uno de ellos, no fue porque él lo dijera; asi es que sobre este punto seria injusticia tachar á nuestro héroe de indiscrecion.

Como quiera, Ricardo y Sofía continuaron recogiendo, y comunicándose mutuamente sus observaciones: notaron sucesivamente un sin fin de caractéres que fuera prolijo pintar, y que por tan-

to bosquejaremos no mas. Vieron por una parte á la coqueta siempre ansiosa de adulaciones, y que á la vista misma de su marido solicita agradar al universo entero: á la imperiosa, que con vanidad insensata todo lo desprecia, hasta al padre de sus hijos: á la hipócrita, que aparentando falsas devociones, escoge regularmente para sus oraciones la hora de comer, y sacrifica á su pasion todos los deberes de esposa y de madre: observaron por otra al ambicioso, cuya vida agitada es un tránsito continuo de la grandeza á la humillacion, de las prisiones á los primeros destinos del estado, y de ellos á las prisiones: al avaro, siempre robado y aborrecido por sus hijos: al pródigo, que destierra á su jóven esposa al antiguo castillo de sus padres, mientras que él en la ciudad disipa sus caudales en lo-

curas y disoluciones. En fin ¡que no vieron en el vasto y variado teatro que les presentaba la ciudad de Lóndres!

Mas la situacion de estos dos amantes no dejaba de ser peligrosa. Despues que emplearon algunas semanas mas en tan útiles investigaciones, ciertos acontecimientos que pudieron preveer, pero que no impidieron, llegaron á interrumpir totalmente el curso de sus observaciones, y no les dejaron atencion sino para lo concerniente á sus personas. Los dos principales de estos incidentes, para no tener mas en suspension al lector, fueron, por parte de Sofía, un viage á Bath, que no pudo, ó no quiso, dejar de hacer; y por la de Ricardo las empresas secretas de un rival: ¿y quien fue este rival? Eso se verá en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XIII.

**D**espues de la muerte de su padre habia hecho Ricardo amistad con muchos jóvenes de su edad ; pero el de genio mas acomodado al suyo era Belpin , de quien ya hemos hablado , y con quien desahogaba su corazon , y no tenia reserva. Era descendiente Belpin de una familia antigua ; mas por extravagancia y prodigalidad de su padre , se habia visto privado de su patrimonio , á excepcion de doscientas libras esterlinas anuales que debian formar la viudedad de su madre ; no obstante se lisonjeaba de ser algun dia poseedor de una renta de tres mil libras , porque era único heredero de un tio soltero de edad muy avanzada , á quien nunca se creyó inclinado á casarse , y mucho menos an-

sioso, ni capaz de tener hijos, aun cuando se decidiese al matrimonio. Mas este tío, con grande admiracion de todos los que le conocian, habia resuelto resientemente casarse en la edad de setenta y tres años, con una jóven del campo de las cercanías de Oxford, que habia conocido en casa de un jardinero de flores, á quien tenia arrendada la tierra de su jardin.

Este accidente no podia dejar de ser muy desagradable para Belpin, que temia proviniese de esta union un hijo que le usurpase su herencia; mas sin embargo, no dejándose abatir por este acontecimiento, buscó los medios de remediarlo, y creyó que el mas pronto y practicable era solicitar algun empleo en la corte, y al mismo tiempo hacerse ansiar de una muger bastante rica, para asegurarle con su mano una existen-

cia decente. Para cumplir una parte de su proyecto, comenzó á hacer la corte á los grandes señores; y para llevar á cabo la obra puso los ojos en Sofía.

Ricardo era de un carácter demasiado franco; pocos asuntos dejaba de confiar á sus amigos: y siendo Belpin, como hemos dicho, el de su mayor confianza, no le habia hecho misterio de su honroso afecto á Sofía, de las disposiciones de sus padres relativas á su union, y de los motivos por que juzgaban á propósito los dos retardar su cumplimiento.

Ricardo, administrador declarado de las virtudes y de las hermosas prendas de la que estaba destinada á ser su esposa, no pudo hablar de ella sin un calor que bien pronto excitó la envidia, é inflamó el corazon del hombre que lo escuchaba, mostrando en esto, es for-

zoso confesarlo, mas buena fe que prudencia; pero como dice uno de nuestros poetas: „El que tiene una alma sincera, jamas sospecha falsedad en los demas.”

Ricardo no se limitó á hacer á Belpin un retrato encantador de Sofía; se le presentó él mismo; llevóle varias veces consigo cuando iba á verla, recomendándolo á Sofía como sugeto en todo de su estimacion y amistad, sin advertir que obrando de este modo afilaba una espada, que pudiera algun dia volverse contra su pecho.

Muy distante estaba de ser Belpin amigo honrado y fiel; adornándole á la verdad muchos talentos, asi naturales como adquiridos, mas no tenia caudal alguno de honor ni de generosidad: poseia el arte de insinuarse en el ánimo de las personas con quienes trataba;

pero correspondia con apariencias á los que inspiraba sentimientos; en todas cosas solo miraba á sí propio, y seguia con teson sus proyectos, cualquiera que debiese ser su resultado para los demas.

No es de admirar que con semejantes disposiciones, la hermosura de Sofía y sus riquezas le hiciesen envidiar la dicha del que debia poseer este doble tesoro: enamoróse de ella en secreto, lisonjeándose con la esperanza de poder algun dia obtener su mano; y para este fin, el primer artificio de que se valió fue hacer nacer alguna desavenencia entre los dos amantes. Si yo puedo, entre sí decia, presentar á Ricardo una muger bastante interesante para inflamar su corazon, y tan juiciosa que no le conceda su cariño sino con su mano, puede suceder que todas las buenas calidades de Sofía, y sus mutuas

obligaciones , no sean motivos suficientemente poderosos para triunfar de su inclinacion.

Sabia Belpin que Ricardo era muy apasionado á la música; pues mil veces le habia visto embelesado al oír una voz melodiosa , ó un instrumento delicadamente tocado, y con este halago se propuso seducirle. La persona en quien puso la vista para prepararle este lazo se llamaba Miss Chit: en la opinion de muchos pasaba por hija de un rico particular , cuyo único título de distincion era ser su padre; pero otros que pretendian tener noticias ciertas, aseguraban que tenia realmente un origen mas elevado. Era jóven , linda , agraciada, y aunque no muy alta , tenia un aire muy interesante. No le faltaba talento ni confianza para hacer valer sus habilidades, se hallaba apreciada en la cor-

te, y versada en todos los estilos del gran mundo; pero su mayor atractivo, y sobre el que Belpin habia contado, era haber recibido de la naturaleza una voz hermosísima que acompañaba con su fortepiano, de manera que podia decirse de ella, lo que el poeta dice de Mira: el infeliz amante que logra evitar los tiros de su talento y de su hermosura, muere al punto si le alcanza con su acento irresistible.

Belpin iba á ver frecuentemente á esta jóven, que se divertia mucho con su conversacion; y siendo tan bien recibido de la hija, no podia dejar de serlo del padre, que como podrá advertirse presto, solo era la segunda persona de la familia.

Un dia que hablaban los dos amigos de música, preguntó Belpin á Jesami con aire indiferente: ¿ si habia oi-

do cantar á Miss Chit? No, respondió él; pero he oido alabar mucho su habilidad: me admiro, replicó el otro, de que no hayas tenido la curiosidad de juzgar de ella por ti mismo, siendo tan apasionado á la música. No tengo el honor de conocerla, añadió Jesami, ni la he visto mas que una ó dos veces en el Mallo, segun hago memoria. Yo te la haré oír cuando quieras, repuso Belpin, porque la conozco mucho, y estoy seguro de que pidiéndolo yo tocará el fortepiano y cantará cuanto desees.

Aceptó Jesami el ofrecimiento con mucha satisfaccion, y Belpin tuvo todavía mas de haber logrado asi el principio de sus proyectos. Citáronse para el dia siguiente en el café de White, de donde habian de ir juntos á oír á Miss Chit.

## CAPÍTULO XIV.

**B**elpin tenia mucha confianza en aquella casa, donde habia ya presentado sin ceremonia varios de sus amigos que habian sido bien recibidos; pero quiso usar de mas formalidades en la presentacion de Jesami, pues era importante que en esta primera vista especialmente, no omitiese Miss Chit ninguno de sus medios de agradar. Presentóse en su casa al dia siguiente por la mañana, y le pidió con afectada política permiso para llevarle aquella noche uno de sus mejores amigos. ¡Vaya! exclamó ella riéndose de su gravedad, ¿acabais de leer por ventura algun libro de caballerías? Si teneis algun amigo, ¿no podeis traerlo sin usar de tanto cumplimiento?

A fe mia , señorita , replicó Belpin, dejando su aire serio , estoy por reirme tambien yo de mi gravedad ; mas pensé que no era propio á un mensagero del amor desempeñar su comision con el aire y el tono de un calavera. — ¡ De un mensagero del amor ! ¿ sin duda que-reis hacerme creer que teneis comision de algun amante para mí ? — Es forzoso que lo creais , pues me ha fiado este encargo un amigo que os ama ; prendado ya de vuestra gracia , de vuestro aire y de vuestro semblante , oiga ahora la voz , y es completa la conquista. — ¿ Y quien es ese amigo ? decidme el nombre de ese nuevo vasallo. — Esperad un poco , sabed por de contado que es un jóven heredero , cuyas rentas bastan para mantener un coche con seis caballos ; ademas es de buena figura , de gallarda presencia , y todos convienen en que

es hombre de talento y de honor: su nombre es Mr. Jesami.

Alguna vez lo he visto, dijo ella con mas seriedad, y creo que le haceis justicia en vuestro elogio; pero me han asegurado que se halla comprometido, y debia casarse pronto con una jóven de su propio apellido, llamada si no me engaño Miss Sofía Jesami.

Esos son cuentos, replicó Belpin: yo os aseguro por mi honor que no existen dos seres en el mundo, que hagan profesion entre sí de mas perfecta indiferencia: sus padres á la verdad tuvieron no sé qué intencion de unirlos; mas ya no viven, y nosotros queremos, como sabeis, decidirnos sobre este artículo por nuestra voluntad, y no por consejo de nuestros abuelos. Se ven, y aun se escriben por pura contemplacion, porque no se tienen la mas ligera

apariencia de amor; estoy seguro por lo que he oído de su propia boca, que si uno exigiera el cumplimiento de esta obligacion contraída por sus padres, resultaria infaliblemente un rompimiento entre los dos.

Ricardo y Sofía eran conocidos con distincion en la sociedad; el estado de sus bienes, y sus muchas obligaciones, eran generalmente conocidas, y todos se admiraban de ver, que un enlace proyectado hacia tanto tiempo, no se llegase á verificar; asi es que ignorándose absolutamente las razones de esta inexplicable tardanza, costó poco á Belpin persuadir á Miss Chit, que decia la verdad, y que Jesami sentia realmente un principio de amor hácia ella.

No podeis pensar, la decia, con cuanta vehemencia se explica cuando habla de vos: la primera vez que os vió fue

en el Mallo, donde yo estaba con él. ¡Que ojos! exclamó, ¡que vivos! ¡que agradables! ¡Que labios! ¡Que....! Basta, dijo ella interrumpiéndole, basta; si continuais no le dejareis nada que decirme.

No presumo, replicó Belpin, que os diga demasiado á la primera, ni á la segunda, ni aun á la tercera vista: asegúrase que un verdadero amante no usa declarar á su amada su amor hasta que lo sabe la mitad del pueblo; mas vos teneis bastante penetracion para leer en sus ojos lo que su boca no osare revelaros. — Sin duda, contestó Miss, ¿discurrís que voy á tomarme la pena de observar sus ojos? Bastante tiempo tendré de mirarlos cuando su lengua me haya explicado los deseos de su corazon. Despues de algunos discursos como estos, el perspicaz Belpin advirtió fácilmen-

te , que sus palabras habian hecho impresion en el corazon de Miss Chit , á pesar de la indiferencia que aparentaba. Despidióse , y fuese celebrando interiormente el buen éxito de su primer ensayo.

A la hora señalada encontró á Jesami en el sitio convenido : se encaminaron á casa de Miss Chit, donde despues que dijeron su nombre , fueron introducidos en un salon , y la hallaron sentada. Al instante reparó Belpin que su adorno era algo mas exquisito : advirtió que todo estaba á su rededor dispuesto con mucho órden y simetria ; y en fin , conoció indudablemente que deseaba parecer amable á los ojos del nuevo amigo.

Jesami presentado por Belpin la saludó con mucha cortesanía , y despues de un breve rato de conversacion gene-

ral: no creeré, dijo Belpin, que me perdoneis verdaderamente la libertad que he usado en traer os un amigo hasta que os sentéis delante del fortepiano. — Mi deseo, contestó ella, es haceros cuán agradable me sea posible la visita con que vos y vuestro amigo me favoreceis. Aproximóse al momento á su fortepiano, y cantó una de las arias que egecutaba mejor. Su voz era en efecto admirable: Jesami estaba embelesado; y por poco que volviese los ojos á él, tuvo motivo para creer que estaba verdaderamente enamorado de sus demas atractivos.

Apenas concluia su aria pedia otra Belpin, y Jesami se atrevió alguna vez á hacer lo mismo; pero en lo mas fuerte y lo mejor de la egecucion, entró el padre de Miss Chit, y anunció con mucha jovialidad que la cena estaba servida. Jesami quiso retirarse, pero le obli-

gó á quedarse: cenaron, cantaron y tocaron muy excelente música; de suerte que no se retiraron hasta las tres de la mañana.



## CAPÍTULO XV.

**N**o pudo saber entonces Belpin qué impresion habian hecho en el alma de Jesami los talentos y atractivos de la diestra música, porque era muy tarde cuando cada uno se retiró á su casa; pero á la mañana siguiente corrió á la de Ricardo, que al verle entrar le dijo: ¡cuantas gracias debo darte, amigo mio, por el gusto que me proporcionaste ayer!

Yo desearia de todo corazon, dijo Belpin abrazándolo, proporcionarte otro

todavía mas dulce: confiesa que es hechicera: ¡que felicidad será la de aquel que pueda adormecerse al sonido de su voz encantadora, y estrechar en su seno tan hermosa criatura! ¡Que embeleso! dijo riéndose Ricardo: celebro las perfecciones de esa muger, como pudiera hacerlo un hombre que la amase con pasión; yo, amigo, gusto muchísimo de Miss Chit como música; mas á la verdad, no pienso en ella como muger.

No creyera, dijo Belpin algo turbado, que fueras tan insensible á las gracias que todos admiran. — Bien sabes, le replicó Ricardo algo mas serio, que me hallo comprometido con otra; por consiguiente, no puedo obsequiar á Miss Chit, ni á ninguna otra con intenciones honrosas, y no presumo que quisiera aceptar proposiciones de otra especie; pero extraño, Belpin, que cono-

ciendo tú todo el mérito de esa jóven, no procures agradarla.

A esta réplica inesperada estuvo algunos instantes Belpin sin poder responder; mas luego su ánimo sereno le sugirió una excusa bastante fundada.— Nada debo disfrazarte, dijo con aire de franqueza: mi inclinacion me lleva hácia Miss Chit; mas las circunstancias desdichadas en que me veo, me prohiben seguir mi aficion; pues desde que á mi tio se le ha antojado casarse con una jóven aldeana, que tarde ó temprano me usurpará la herencia á que tenia derecho, ya no puedo ofrecer á esa señorita mas que los escasos emolumentos del servicio. A una muger rica debe asegurársela una viudedad; y si no tiene mas que su hermosura y sus prendas, es muy probable en mi situacion hacerla infeliz: asi, pues, ya ves,

que tenga riquezas ó no Miss Chit, en ninguno de los dos casos puedo aspirar á que sea mi muger.

Dijo todo esto con tanta apariencia de buena fe, que Jesami apretándole la mano le aseguró que le complacian sus sentimientos, y le hacian estimarle. En efecto pienso, continuó, que dos jóvenes que se casan sin bienes, ó con bienes desiguales, se exponen á ser infelices, y á hacer á sus hijos desgraciados. Viendo Belpin que la conversacion tomaba un giro tan serio, se cansó muy presto, y abrevió su visita para retirarse á otro sitio, donde pudiera dar libre curso á su disgusto, y discurrir nuevos medios de lograr su designio.

Dedicarse á desacreditar directamente á Ricardo para hacerle criminal á los ojos de Sofía, hubiera sido una tentativa inútil; pues sabia que ella tenia de-

masiada penetracion para dejarse engañar con falsas noticias; sin embargo deseaba, ya que no habia logrado hacer á Ricardo realmente culpable, darle á lo menos apariencias de tal. A este fin adoptó un medio mas lento; pero mucho mas seguro de derramar el veneno de los celos en el alma de Sofía: dió á entender con medias palabras, con insinuaciones en las sociedades que frecuentaba, que Ricardo no la tenia inclinacion alguna, y que solamente le faltaba pretexto para romper el contrato que los unia, y manifestar á las claras que Miss Chit era la única que poseia todo su cariño. No dudaba Belpin que estos rumores diestramente esparcidos, vendrian á ser presto un secreto universal, ni que llegarian á oidos de Sofía, y á fuerza de oirlos repetir, les daria por último crédito.

Belpin estaba instruido de muchas de las travesuras de Ricardo, y alguna vez le habia ocurrido la idea de usar de este medio para convencer á Sofía de la infidelidad de su amante; mas luego habia renunciado á su proyecto, persuadido con razon de que una muger tan juiciosa le perdonaria fácilmente algunos errores juveniles, ó algunas distracciones pasageras; al paso que seria implacable, si lograba hacerla creer que Ricardo visitaba á otra con seria intencion de hacerla su muger. Asi su nuevo plan consistió en proporcionar que viesen con frecuencia juntos á Ricardo y á Miss Chit en los paseos públicos, donde se encontraban por lo regular, sin premeditacion de una ni otra parte.

Es mas difícil de lo que parece sostener el carácter de traidor, y Belpin no dejó alguna vez de verse embaraza-

do ; pues no solamente necesitaba engañar á Ricardo , y hacerle obrar en sentido inverso de sus verdaderos sentimientos , si no que tenia tambien que representar con Miss Chit otro papel, que no exigia de su parte menos cuidadosa atencion.

Despues de haberla hecho creer que Jesami estaba verdaderamente enamorado de ella , sabiendo que su conducta de ninguna manera habia confirmado estas seguridades , se veía Belpin obligado á conciliar como podia una tan palpable contradiccion. Asi continuaba en referirle cada dia todas las conversaciones apasionadas de Ricardo , inventándolas á su placer , y dándola á entender que no esperaba mas que un pretexto para romper del todo con Sofía, y declararse abiertamente amante de Miss Chit: ni sé con certeza si esta se per-

suadia de la verdad de lo que él la contaba, y me parece mas probable que no querria tomarse el trabajo de examinarlo con mucho cuidado.

Hay ciertas personas á quienes semejante engaño pudiera hacer enteramente desgraciadas: haber concebido la esperanza de unirse á un hombre jóven, amable y rico como Ricardo, y verla de repente desvanecida. ¡Que situacion para un corazon tierno, y sin experiencia! pero por fortuna de Miss Chit, la variedad de las concurrencias á que asistia, los cumplimientos de las personas de la mayor distincion, y mas que todo los obsequios de cierto embajador extranjero, contribuyeron poderosamente á distraerla de la engañosa esperanza con que Belpin continuaba entreteniéndola.

## CAPÍTULO XVI.

Aunque los rumores esparcidos por aquel pérfido amigo, se habian ya divulgado entre todos los sugetos que Ricardo y Sofía conocian, no habian llegado aun á noticia de ninguno de los dos. Es verdad que Belpin se habia apoderado de tal modo por espacio de una semana de Ricardo, que apenas le habia permitido ver á otras personas que á él, ó á Miss Chit; asi es que en tres dias no le habia visto Sofía, cuando rara vez pasaban veinte y cuatro horas sin visitarla; pero al fin del dia tercero, entrando en su casa halló un billete, que ella le habia dejado por la tarde, concebido en estos términos.

» Querido Ricardo:

» Me han hecho cierta proposicion  
 » que deseo participarte antes de acep-  
 » tarla ; si este papel llega á tus manos  
 » á tiempo , celebraré verte esta noche ;  
 » y si no, te ruego vengas sin falta ma-  
 » ñana temprano ; porque he prometido  
 » dar mi respuesta definitiva antes de  
 » medio dia.

» Es muy sinceramente tuya , ama-  
 » do Ricardo,

*S. Jesami.*»

Muchos de nuestros lectores extra-  
 ñarán quizás no encontrar en este papel  
 quejas ni baldones. Ricardo pasó tres  
 dias sin ver á Sofía ; ¡y Sofía calla! Si  
 todas las mugeres supiesen obrar como  
 ella en tal caso , pienso que les seria

mas provechoso ; vivirian mas tranquilas , y seguras de ser constantemente queridas del hombre á quien aman : las dudas , las sospechas y los celos excitan á excesos de resentimiento , que suelen cansar al amante mas enamorado : si ha incurrido en los errores que se le atribuyen , tal vez la dulzura y el sentimiento interior de su extravío le atraerán , pero jamas le harán enmendar las reconvenciones ; y si está inocente , ¿ como podrá soportarlas ? Al verse acusado de un delito cuya idea sola le hace estremecer ; tratado por la que adora con insultante frialdad , si puede al principio moderar su pena discurriendo que esta conducta prueba á lo menos que es amado , ¿ permanecerá mucho tiempo sometido á tan dura esclavitud ? Y cuando viere la inutilidad de sus esfuerzos para calmar la borrasca , ¿ no intentará

romper un lazo que le oprime, diciendo: las que sin razon nos creen infieles, merecen que lo seamos?

Pero he visto demasiado como los celos, pasion indomable, llamados con razon el veneno del amor, obran en el ánimo de las mugeres, para no hallarme íntimamente convencido de que todos los consejos que se les pueden dar sobre este punto son absolutamente inútiles, y que debo mas bien pedirles perdon de esta digresion, que lisonjearme de que se aprovecharán de ella.

Volvamos á Ricardo que recibió el papel de Sofía demasiado tarde para poderla ver aquella noche, pero corrió á su casa por la mañana muy temprano, y la encontró ya levantada, rodeada de cartonés, paquetes y maletas. Me encuentras, le dijo, ocupada en los preparativos de un viage que me pro-

pongo hacer si lo apruebas. — ¡De un viage! ¡me sorprendes! y en cuanto á mi aprobacion.... Sí, replicó Sofía, para obtenerla te he hecho venir tan precipitadamente; siéntate, y te lo diré todo. Tomó Ricardo una silla, y Sofía se sentó junto á él. Has de saber, prosiguió, que ayer comí en casa de Miladi Speck, donde estaba su hermana Miss Wingman; las dos parten mañana para Bath, y me rogaron con instancias á que las acompañe; como no he visto aquel pueblo tan nombrado, confieso que tendria bastante gusto en verle; y Miladi Speck irá escoltada en términos que no habrá que temer en el camino. Ya sé, dijo Ricardo, que esa señora nada omite para su seguridad cuando viaja. ¿Con que te vas mañana temprano? No es eso lo que digo, respondió Sofía; aun no me he decidido: ¿que

motivo te hace dudar? repuso Ricardo. ¿Puedes preguntarlo? le dijo ella mirándole con cariño. A fe mia, no adivino que quieres decir. Luego no sabes hacerme justicia, porque debieras pensar que no podía determinarme á semejante resolución, sin haberla antes consultado contigo. ¡Conmigo! exclamó Ricardo, ¿pues no has dicho que quieres ver á Bath? Sí, pero como presumo que tarde ó temprano he de sujetar en cosas de esta naturaleza mis inclinaciones á la regla de tu voluntad, he querido ya manifestarte con un ejemplo cuan fácil me será hacerlo. En fin, querido Ricardo, estoy determinada á no ir á Bath sin tu consentimiento, y aun sin tu aprobacion.

Esta es una prueba de cariño que no debía esperar, y de que fuera indigno, si no uniese mis instancias á las

de esas señoras, para obligarte á acompañarlas. Diciendo estas palabras se levantó, y abrazó á Sofía con un exceso de afecto no fácil de expresar. ¿Consientes de esa suerte, dijo ella volviéndole su abrazo, en estar separado de mí á lo menos seis ó siete semanas, porque no vendrán ellas antes? No sé, repuso él sin dejarla la mano, si podré estar tanto tiempo sin verte; pero ¿que razon habrá para poner mi paciencia á tan dura prueba? ¿ni quien me impide ir á reunirme contigo en Bath? ¿Lo harás? dijo Sofía, ¿me lo prometes?

Por desgracia, replicó Ricardo, espero mañana á nuestro apoderado, con quien tengo que arreglar varios asuntos, lo que me detendrá en Lóndres algunos dias; mas creo que antes de quince podré ir á verte. ¿Puedo esperarte? dijo ella con la mayor satisfaccion. Sí,

y te doy un seguro fiador de mi palabra, que es mi propia inclinacion. Cree, amada Sofía, que me es ya imposible soportar mucho tiempo tu ausencia; tu imágen se mezcla siempre en mi fantasía con el recuerdo de los juegos de nuestra niñez, y ahora que los años han sazonado mi afecto, y me han hecho conocer mejor lo que vales, me es absolutamente imposible vivir sin verte.

A estas tiernas palabras respondió Sofía con otras que no lo eran menos: pues que consientes en mi partida, añadió, y me prometes venir tambien, voy al punto á contestar á Ladi Speck, que mañana estaré pronta para acompañarla. Ricardo, dejándola hacer sus preparativos, volvió á su casa á vestirse; pero regresó pronto á comer, y no se apartó de ella en toda la noche.

## CAPÍTULO XVII.

Las compañeras de Sofía eran hijas de Miladi Wingman; la mayor Ladi Speck era viuda de un Lord, que murió en el año primero de su matrimonio; pero como habian consultado poco su inclinacion, el pesar que la causó la muerte de su marido, no influyó de un modo sensible en su constitucion delicada, ni en su viveza y humor: quedábanla por otra parte motivos de consuelo que no tienen todas las viudas, es decir, una renta muy considerable, y una tierra heredada de uno de sus tios, que le valia cerca de dos mil libras esterlinas al año; tenia á lo mas veinte y cinco de edad.

Miss Wingman, hermana suya de madre, tenia seis ó siete años menos,

y debia ser tambien muy rica : ambas estaban dotadas de mucho talento , y aunque disfrutaban de todas las distracciones del mundo , su conducta habia sido siempre irrepreensible. Con tantas prendas, no podian dejar de atraer estas dos jóvenes , que ademas eran muy lindas , la atencion de infinitos admiradores , y como su viage á Bath no era secreto , los que solicitaban hacerse amar de ellas , creyeron muy oportuna la ocasion de acompañarlas. Entre estos caballeros , dos quisieron particularmente distinguirse : uno era Mr. Lovegrove, que hacia algun tiempo obsequiaba á Ladi Speck ; el otro Lord Huntley, amante apasionado de Miss Wingman; y como eran muy amigos , concibieron el proyecto de causar á las dos hermanas una sorpresa en el camino.

Habiendo cuidado de informarse exac-

tamente del momento de la partida, se adelantaron algunas horas; y llegando á Maidenhead, bajaron en la primera posada de la ciudad, hicieron preparar una excelente comida en una sala que caia á la calle, y se asomaron á las ventanas para esperar el coche. Esta precaucion era necesaria, porque el postillon de Ladi Speck iba á rienda suelta siempre que atravesaba una ciudad ó lugar en que no tenia órden de detenerse, y era posible que la intencion de Ladi Speck fuera no parar en Maidenhead. Luego que los dos amantes vieron de lejos el coche, salieron de la posada, encargaron á dos criados que cogiesen por la brida á los caballos delanteros, y nuestros dos caballeros se adelantaron á las portillas. Os arrestamos, señoras, en nombre del amor, dijo Lord Huntley, y no podeis pasar de aqui sin

su permiso : tambien Ceres y Baco lo mandan , añadió Mr. Lovegrove , y en vano intentareis resistir al poder reunido de tres deidades.

La momentanea sorpresa que estas damas experimentaron viendo detener su coche , se desvaneció con la vista de sus arrestadores. Ladi Speck los respondió : no conocemos al amor , ni tenemos nada con él ; pero Ceres y Baco son deidades bienhechoras , y pudiéramos tener con ellas alguna condescendencia : señoras, ¿que os parece? Miss Jesami no contestó. En verdad , hermana mia , dijo Miss Wingman , creo que ya no tenemos libertad para deliberar ; porque somos prisioneras , y debemos sufrir la ley del vencedor.

Abrióse la portilla , y bajaron las tres señoras , que fueron conducidas á la sala en que estaba la mesa , tan bien dis-

puesta como podrian tenerla en sus propias casas; mas habiendo llegado algo antes que las esperaban, fue Mr. Lovegrove á apresurar la comida, dejando con ellas á Lord Huntley. Cuando aquel iba á subir entró en el patio de la posada un birlocho, de que vió salir Mr. Lovegrove á uno de sus mas antiguos amigos, Sir Roberto Manley. Conociéronse, y abrazáronse: vais á Bath, yo tambien; pero van con vosotros señoras: y diciendo asi, Mr. Lovegrove le refirió todo lo sucedido. Sois felices, le dijo Roberto, yo voy triste solo. En efecto, eso es desagradable; pero mirad, en nuestra compañía se halla precisamente una jóven que tambien está sola; si quereis agregaros á nosotros, presumo que no tendrá inconveniente en admitiros por escudero. Sir Roberto aceptó al instante la proposicion, porque era

conocido de Lord Huntley, y tambien, aunque poco, de las dos hermanas. Mr. Lovegrove le presentó á la compañía, donde fue admitido por unanimidad, y convinieron en hacer todos juntos el viage á Bath.

No es necesario decir que la comida fue esplendida, y sobre todo alegre en extremo. Nuestra heroína desplegó allí todos sus talentos y atractivos, y se manifestó tan amable, tan viva y tan discreta, que infaliblemente hubiera hecho la conquista de tres corazones á un tiempo, si los de Mr. Lovegrove y Milord Huntley no hubieran tenido guardas de vista; pero el de Sir Roberto quedó rendido al punto, como podrá verse mas adelante.

Nuestros tres amantes se mostraron igualmente atentos, obsequiosos y expresivos durante el viage. Precedíales

un mayordomo de una posada á otra, haciendo prevenirlo todo para su llegada; y como viajaban á jornadas cortas, las señoras encontraron sus camareras en Bath, y sus alojamientos preparados para recibirlas. Pasaremos en silencio las fiestas, conciertos, representaciones dramáticas y demas diversiones con que entretuvieron sin cesar á sus bellas amadas desde que llegaron á Bath; pues nada añadiría este pormenor á la idea que se ha podido ya formar de la delicadeza de sus obsequios, y de su incansable cortesanía.

---

### CAPÍTULO XVIII.

**E**l talento, la juventud y la hermosura tienen un poderoso dominio en el

corazon humano ; sin embargo cada dia nos vemos forzados por la experiencia á confesar , que la riqueza es aun mas poderosa para cautivar los corazones. La riqueza lo suple todo : borra las arrugas de la vejez , hermosea la deformidad , y da gracias á la necesidad misma ; pero cuando los dones de la naturaleza se hallan reunidos á los de la fortuna, llega á ser tan fuerte el atractivo , que son muy raras las personas de uno ó de otro sexo que puedan resistirle.

No debe juzgarse en mi concepto con demasiada severidad de la presuncion de una muger jóven y agraciada, que viéndose perpetuamente rodeada de un tropel de amantes , puede apenas figurarse que no merece á lo menos parte de la admiracion de que recibe tantas demostraciones. Mas gloriarse y a-

plaudirse del número de sus adoradores, siempre es en una muger una flaqueza indisculpable, que ella misma debe continuamente combatir, y flaqueza arriesgada, así para ella como para aquellos á quienes entretiene con vanas esperanzas. ¡Cuántas contiendas ha habido entre rivales! ¡Cuántos desafíos! ¡Cuánta sangre derramada! ¡y cuántas veces se ha visto al fin la presumida hermosura abandonada, despreciada y reducida á la desesperacion!

Esto solo habla con las mugeres falsas y vanas en general: las que en el anterior capítulo llevamos de Lóndres á Bath, no lo eran propiamente, eran susceptibles de afecto, y no tenían el furor de hacer conquistas, aunque se podían observar en el carácter de Ladi Speck algunas singularidades que debe saber el lector. Gustaba de conver-

sar libremente con los hombres, mas tambien queria que fuera general la conversacion, y jamas la agradaban las atenciones secretas de que solia ser objeto: si recibia los obsequios de Mr. Lovegrove, y acaso los de algunos otros, era mas que por vanidad, por un sistema de política femenil, para poder á su abrigo ocultar alguna inclinacion secreta, que no queria por ciertas razones confesar, ni aun dejar traslucir. Asi su conducta, aunque irrepreensible sin duda, como dijimos, tanto á los ojos del mundo como á los suyos propios, estaba cubierta con una especie de velo de que se reservaba la facultad de hacer uso ó no, segun juzgaba á propósito. En cuanto á Miss Wingman era de carácter tan ligero, que apenas podia reflexionar dos minutos seguidos; siempre alegre y siempre feliz, no se

engreía con sus nuevas conquistas, ni se apesadumbraba por las que perdía: y por lo que hace á nuestra heroína, su compromiso con Ricardo era tan generalmente conocido, que hasta entonces la habia preservado de todo peligro; su constancia no habia sufrido prueba alguna, y no se podia conjeturar cuál seria su conducta, si llegaran á disputar varios amantes á un tiempo la posesion de su corazon ó de su mano. Mas llegó la hora de hacer ver hasta qué punto podia Ricardo contar con su fidelidad y su amor. Sir Roberto, que acaso no llevaba al pronto mas intencion que la de representar el papel de amante al lado de Sofía, le hizo bien presto con tanta naturalidad, que sus dos amigos advirtieron que estaba realmente enamorado, y le dijeron sobre esto algunas chanzas, si bien confesan-

do que la belleza y amabilidad de Miss Jesami merecian todo el afecto de un hombre honrado.

Viendo Sir Roberto que le hablaban en estos términos, no tuvo dificultad en confesarles, que jamas muger ninguna le habia hecho impresion tan viva; pero que no se atrevia á entregarse á esta inclinacion, sabiendo la promesa que unia á Sofía con Ricardo. Pues si no os detiene otra cosa, dijo Lord Huntley, que tenia noticia de los rumores esparcidos por Belpin, puedo aseguraros que esa promesa está ya revocada, y que hace tiempo no existen entre los dos mas relaciones que las de una sencilla urbanidad.

Lo que decis, añadió Lovegrove, me parece muy verosímil, porque el casamiento fue contratado por sus padres; y estando ya los dos en edad pro-

porcionada , ¿ que motivo pudiera obligarles á diferir el instante de su union, amándose mutuamente? Como lo que se desea se cree con tanta facilidad , el jóven Roberto quedó bien pronto persuadido. Mas pues estais tan enamorado, le dijo Lovegrove , voy á hablar á Ladi Speck , y por su medio adquiriré sobre este punto alguna certeza. Y yo , añadió Lord Huntley , os prometo hacer que tambien Miss Wingman tome parte en vuestros intereses , y confio que no pondrá dificultad en decirme lo que sepa ; ademas que como son las dos casi de una edad , puede ser que esté mas instruida que Ladi de los secretos de Miss Jesami.

Superfluo seria repetir las gracias que dió Sir Roberto á sus amigos por el interes que tomaban en el asunto: bastará decir que sus sentimientos fue-

ron en esta ocasion los de un hombre muy enamorado; pero que se desdena de emplear medio alguno clandestino para lograr sus intentos.

---

### CAPÍTULO XIX.

**B**ien instruidas se hallaban Ladi Speck y su hermana de los rumores maliciosamente esparcidos sobre la supuesta infidelidad de Ricardo; pero como Sofía nunca habia tenido con ellas la menor confianza sobre este asunto, excusaron proferir una palabra acerca de él en su presencia, aunque la profesaban mucha estimacion y amistad. Por estos motivos la convidaron á acompañarla á Bath, persuadidas de que las diversiones que alli se le presentarian, la distraerian de

sus pesares secretos , impidiéndola ser demasiado sensible á un agravio que pocas mugeres pueden soportar con paciencia.

Muy contentas quedaron las dos hermanas de saber por Lord Huntley y Mr. Lovegrove los sentimientos de su amigo hácia Sofía, presumiendo muy naturalmente, que la ofrenda de un corazón como el de Sir Roberto Mantley, la recompensaría plenamente de su pérdida ; por lo que aseguraron á sus amantes , y al mismo Sir Roberto , todo el interes que tomaban en la suerte de su amor , prometiéndoles hablar á Sofía , cuando se les presentara ocasion, en los términos mas propios para convencerla, de que no debia desechar una proporcion tan honorífica y ventajosa.

En efecto cumplieron con exactitud su promesa ; al otro dia por la mañana,

hallándose juntas las tres para el desayuno, principió Ladi Speck por algunas observaciones sobre el carácter de los hombres en general, y vino insensiblemente á hacer un elogio de Sir Roberto Mantley, de quien dijo, que tenia mas virtudes y menos defectos que otro alguno de los hombres que ella conocia: ¿que os parece, añadió, querida Sofía? En verdad, señoras, que no me considero capaz de juzgar del mérito de los hombres, y menos del de aquellos que conozco tan poco; pero por lo que he visto en Sir Roberto, le creo un hombre sensato, honrado y virtuoso. Precisamente habeis nombrado, dijo Ladi Speck, las tres prendas que debe reunir para ser buen marido; y á mas puedo deciros que está muy enamorado. Luego Sir Roberto, replicó Sofía, ¿está próximo á casarse? No me

atreveré á afirmarlo , porque estoy casi segura de que todavía no se ha atrevido á declarar su amor.

Sir Roberto, dijo Sofía, es un hombre muy amable , y si sus intenciones son honrosas como presumo , hago votos sinceros por su felicidad. Su felicidad depende de vos, repuso Ladi Speck, pues no debo ya disimularos que sois vos el objeto de quien está enamorado. ¿De mí , señora? exclamó Sofía dejando la taza de te sobre la mesa , ¿ que quereis decir? Lo que os he dicho; mas si deseais oirlo de nuevo , tendré el gusto de repetiros que Sir Roberto os ama.

Advierto , dijo Sofía, que esta mañana quereis divertiros á mi costa. No, querida, os aseguro que he hablado mas seriamente. Yo salgo garante , añadió Miss Wingman, de la sinceridad de mi

hermana : Sir Roberto ha confiado su pasion á Mr. Lovegrove y á Lord Huntley , y estoy persuadida de que muy pronto os la declarará á vos misma. Espero no lo hará : si es verdad que Sir Roberto me tiene , como decis , inclinacion , debiera , á mi parecer , guardar este secreto para él solo , pues no puede ignorar que mi mano está dada mucho tiempo hace á otro.

Decid, replicó Ladi Speck, que tuvieron intencion de darla ; pero las intenciones de nuestros padres no son reglas de que no podamos prescindir. Para mí son reglas , dijo Sofía , y nuestros padres mejores jueces que nosotros de lo que puede conducir á nuestra felicidad. Es muy cierto , replicó Miss Wingman con mucha viveza ; mas si esos sentimientos de piedad filial pueden hallarse en algunas personas de

nuestro sexo, se encontrarán pocos hombres que quieran someterse á ellos. — Sí, sí, repuso Ladi Speck : su inclinacion , su capricho son las únicas guias que reconocen : no les cautiva la virtud , ni el talento , ni la hermosura ; y la muger que persevera en su afecto por un amante indiferente ó infiel , muestra una debilidad que debe hacerla despreciable á sus propios ojos , y á los de cuantos la conocen.

Pocas cosas se ocultaban á la penetracion de Sofía , y asi comprendiendo que estas proposiciones se dirigian á hacer nacer en su ánimo algunas sospechas sobre la constancia de Ricardo, respondió con una especie de altivez: ridiculícese , señora , en hora buena cuanto se quiera el vínculo que me une hace mucho tiempo con Mr. Jesami, él constituye nuestra recíproca seguridad,

y le afianza mi cariño como á mí me afianza el suyo. Miráronse admiradas las dos hermanas.

Ciertas gentes, dijo Ladi Speck, con acento desdeñoso, hacen vanidad de no ver lo que ya ha visto la mitad de la ciudad, de lo cual todos se rien. Entonces Miss de Wingman, que era la mas viva, algo picada tambien del tono firme con que Sofía acababa de hablar, dijo: hermana, enseña á Miss Jesami la carta que recibiste despues que llegamos á Bath; pues que tanto se obstina en cerrar los ojos, debe abrírselos nuestra amistad. Eso es lo que no queria hacer hasta el último extremo; mas no sabiendo otro medio de convenceros de la inconstancia y perfidia de Mr. Jesami, leed, y dejad de aqui adelante de defender á un hombre tan poco digno de vos. Diciendo estas palabras, sa-

có una carta, y la presentó á Sofía, que la abrió con una agitacion que rara vez habia experimentado. La carta contenia lo siguiente.

*A Miladi Speck en Bath.*

» Señora:

» Sabiendo que nadie gusta tanto  
 » como vos de hacer bien, espero me  
 » disculpais si me atrevo á dirigiros  
 » una carta anónima, luego que veais  
 » que mi único intento es servir á una  
 » jóven á quien honrais con vuestra a-  
 » mistad: es decir, á *Miss Jesami*.

» Para no teneros suspensa, permiti-  
 » tidme, señora, informaros que Mr. Je-  
 » sami, que de algun tiempo á esta par-  
 » te obsequiaba en secreto á Miss Chit,  
 » se ha declarado públicamente su a-

„mante, luego que se ausentó vuestra  
 „hermosa amiga. Asegúrase que este a-  
 „sunto está tan adelantado, que su ca-  
 „samiento se verificará bien pronto: no  
 „puedo afirmarlo; pero es indudable  
 „que Mr. Jesami ama á Miss Chit, y  
 „que alguna habilidad en la música,  
 „ha triunfado de todas las perfecciones  
 „y gracias de Miss Jesami.

„Ignoro si está instruida de su in-  
 „fidelidad, ó si tiene siquiera alguna  
 „sospecha; y le seria muy doloroso sa-  
 „ber á su regreso improvisamente que  
 „está casado, ó que va á casarse. Pue-  
 „de ser que juzgueis á propósito infor-  
 „marla de su suerte, y armarla con an-  
 „ticipacion contra el golpe terrible que  
 „la amenaza; y en todos casos os rue-  
 „go esteis segura de que no he lleva-  
 „do otra mira en escribiros, que la de  
 „ser útil á vuestra amiga, y de que

„nadie es con mas respeto que yo, se-  
 „ñora,

*Vuestro &c.*”

*P. D.* „Perdonadme que no me nom-  
 „bre por ahora ; pues conoceis que un  
 „aviso de esta naturaleza puede com-  
 „prometer al sugeto que lo da , hasta  
 „que el suceso haya justificado sus a-  
 „serciones.”

Apenas tuvo Sofía paciencia para leer este ridículo escrito. ¡Dios mio! exclamó dirigiéndose á Ladi Speck , ¿quien pudo tener la bajeza de suponer semejantes falsedades , y de abusar de la bondad de vuestro corazon , solicitando haceros cómplice involuntaria de un designio tan bajo y tan malvado ?

Acordándose entonces de lo que acababan de decirle acerca del amor de Sir Roberto, no dudó en nombrarle au-

tor ó promovedor de esta carta, y se abandonó á su justa indignacion contra él. Sorprendidas las dos hermanas de la firmeza que manifestaba, se reunieron para asegurarla, que ofendia á Sir Roberto concibiendo de él semejante idea, que era incapaz de emplear un medio tan bajo é indigno; añadiendo que antes de salir de Lóndres, cuando Sir Roberto no habia tenido una ocasion de verla, ya habian oido hablar de la infidelidad de Ricardo. Pero cuanto la dijeron fue insuficiente para alterar la opinion que Sofía tenia formada de su amante; y esta discusion hubiera probablemente durado mucho tiempo, sino la hubiese interrumpido la llegada de algunos sugetos que entraron á visitar á Miladi Speck.

## CAPÍTULO XX.

**D**e tal manera quedó turbada Sofía por la conversacion de las dos amigas, y por la lectura de su carta, que todo el esfuerzo de su razon no pudo restituir á su ánimo aquella serenidad de que siempre habia gozado; y como no tenia propension alguna á los celos, y estaba acostumbrada á contar sobre la sinceridad de Ricardo, se hallaba muy distante de creer su traicion: mas la mortificaba saber que pasaba á los ojos de algunas personas por un hombre inconstante ó ingrato; y lo que era todavía mas insoportable, que á ella la miraban como una amante despreciada.

La compasion en semejante caso está tan cerca del desprecio, que rara muger, por poca dignidad de carácter que

tenga, puede soportarla; ; venir á ser un objeto de conmisericordia! Creo que mejor fuera excitar la envidia, y aun el odio de aquellas que tuvieran en menor grado el don de agradar; y por lo mismo debió Sofía desear con ansia la pronta llegada de Ricardo á Bath, no porque se propusiera aclarar las dudas que no tenia, sino á fin de que su presencia convenciese á todos del engaño que habian padecido.

En dos cartas que habia recibido de él desde que salieron de Lóndres, confirmaba la promesa de ir á Bath al punto que pudiera, y Sofía se anticipaba el gusto de hacer ver á Ladi Speck y Miss Wingman, que habian sido deslumbradas por la calumnia, y que Ricardo jamas habia cesado de amarla. Mas negóse por entonces esta satisfaccion á la pobre Sofía; pues en aquella

misma noche, cuando iba con las dos señoras á la tertulia, recibió una carta, cuyo tenor era el siguiente.

„Amada Sofía:

„Estoy de tan mal humor que me  
 „seria imposible escribir á nadie sino  
 „á ti, y únicamente por ti experimen-  
 „to esta impaciencia. Me explicaré.

„En vano he esperado tres largos  
 „dias á nuestro mayordomo, que por  
 „una carta que recibí anoche, me in-  
 „forma, que habiéndose visto obligado  
 „á hacer prender á uno de mis arren-  
 „dadores, no podrá estar aquí hasta  
 „dentro de siete ú ocho dias.

„Esta dilacion me aflige y me pri-  
 „va del gusto que tendria de verte, y  
 „de ver contigo á Bath. Consuélame  
 „con tus cartas siempre que puedas;

„solo ellas serán capaces de causarme  
 „alguna satisfaccion, mientras dure es-  
 „ta forzada ausencia. A Dios : me li-  
 „sonjeo de que no necesitas nuevas se-  
 „guridades para estar convencida del  
 „tierno afecto que te tiene

R. *Jesami.*”

*P. D.* „Mi amigo Belpin que está  
 „conmigo, te suplica que admitas sus  
 „respetos ; nos disponemos para ir jun-  
 „tos á oír un rato de música á una casa  
 „donde tiene amistad ; pero temo que  
 „esta música sea hoy muy disonante  
 „á mi oído. A Dios, amada Sofía, á  
 „Dios.”

Sofía se habia acercado á una ven-  
 tana para examinar rápidamente esta  
 carta ; mas apenas vió que Ricardo no  
 podia venir tan presto, la guardó, y se

juntó con tristeza á su compañía; tomó poca parte en la conversacion, y aun menos en las distracciones que ofrecia la tertulia, hasta que viendo el mal papel que hacia, pretextó un fuerte dolor de cabeza, y fue á encerrarse en su cuarto.

Volvió allí á leer la carta, y parándose atentamente en todas sus frases y expresiones, las comparaba con las que antes habia recibido, y no encontraba diferencia alguna en el estilo, ni en los sentimientos; mas cuando vió en la posdata que Ricardo hablaba de la música, se sintió inquieta: esta música, decia para sí, quizá la egecutará Miss Chit, y tal vez los rumores vagos que han llegado á oidos de Ladi Speck y de su hermana, no carecen del todo de fundamento. Mas este impulso de celos duró un instante: ¡cuan loca é injusta

soy ! Sé su pasion á la música ; y si la habilidad de Miss Chit , ó la de otra muger le hiciera infiel á su Sofía , se guardaria de hablarme de ello ; porque los delincuentes evitan cuidadosamente indicar ideas que puedan conducir al conocimiento de su delito. Sin embargo, ¡cuantos egemplos presenta el amor de la inconstancia y perfidia de los hombres ! ¡Ricardo falso , inconstante , pérfido ! No , estos nombres no son propios de él. Asi lo acusaba su pensamiento un instante , y al siguiente se apresuraba á absolverle : empero lo que mas la incomodaba era no poder adivinar, por qué , ni con qué intencion habia sido inventada y difundida aquella calumnia.

Estoy bien cierta, decia, de que no hay nadie en el mundo á quien Ricardo ni yo hayamos dado motivo de abor-

recernos: ni quien puede desear hacernos infelices. Solo en los secretos desig-  
nios de alguna alma vil é interesada es dable buscar la causa de todo esto: mas no se puede suponer que haya en la sociedad un ser que únicamente por el gusto de hacer mal, pretendiera separar dos corazones unidos desde la infancia con los vínculos mas estrechos del amor y de la amistad. No, la naturaleza humana no ha llegado á tanta depravacion; y asi lo mas verosímil me parece que alguien se haya propuesto ocupar el lugar de Ricardo en mi corazon, ó el mio en el suyo.

En esta idea se detuvo particularmente; pero ¿cual de estas dos alternativas era mas probable? Nadie hasta ahora habia manifestado pretensiones serias al corazon y á la mano de Sofía sino Sir Roberto, de quien no se

podía sospechar usase de semejantes medios. A Ricardo, pues, intentaban hacer infiel. Sofía no ignoraba que trataba con franqueza á las mugeres, y no era imposible que alguna gustase de él; quizá la misma Miss Chit, equivocando con el amor su acostumbrada amabilidad, se gloría de haberle inspirado una verdadera pasión: un leve engaño puede pasar de boca en boca, adquirir por fin el crédito de un hecho indudable, y habiendo esta nueva llegado á persona mas compasiva que discreta, habrá escrito á Ladi Speck la carta que me enseñó.

De este modo solicitaba Sofía penetrar el misterio á que daba sucesivamente todas las causas, que su razón ó su imaginación fecunda le sugerian. No obstante, cansada en fin de apurarse en vanas conjeturas, tomó el parti-

do de esperar que el tiempo disipase tanta obscuridad.

Asi aquella alma serena y pacífica se vió agitada, y fuera de su quietud natural por las tramas indignas de un hombre de quien no tenia la menor sospecha. Acostóse sin embargo, y durmió muy tranquilamente, á lo menos nada se nos ha dicho en contrario.

---

## CAPÍTULO XXI.

**A**l despertar Sofía el dia siguiente, solo se acordó de las angustias que habia pasado la víspera para admirarse de haberse dejado llevar de su imaginacion: sí, segura estoy, decia, de que todo cuanto han querido persuadirme es una fábula, y una falsedad notoria;

¿ que me importa saber su autor? ¿ No he visto á las niñas cuando iba á la maestra inventar embustes por solo el gusto de hacer mal? Afligirse de todas las mentiras que se pueden inventar, seria unirnos con los enemigos de nuestro sosiego, auxiliar sus esfuerzos malignos, y concederles un triunfo, que de otro modo jamas pudieran lograr. En ningun caso se deben creer rumores vagos y faltos de pruebas; pero mucho menos cuando se dirigen á sembrar la discordia entre nosotros, y las personas á quienes amamos. De esta manera se elevaba Sofía por sola la fuerza de su entendimiento y de su razon, sobre aquellas dudas y temores celosos, á que pocas criaturas de su edad hubieran podido resistir. Estando hablando asi consigo misma, vino la camarera de Ladi Speck á saber de su salud, y avisarla que la es-

peraban para el desayuno. Bajó en efecto, y pareció tan tranquila, que Ladi Speck y su hermana no pudieron sospechar que hubiese tenido algun nuevo motivo de inquietud. Luego que se desayunó, subió á su aposento y escribió la carta que sigue.

„ Amado Ricardo:

„ Con bastante pena me determino  
 „ á aumentar tu impaciencia participán-  
 „ dote la mia; mas no está en mi mano  
 „ disimular: tu tardanza me causa in-  
 „ quietudes, nuevas en la realidad pa-  
 „ ra mí; no sé á qué atribuir las, ni ja-  
 „ mas he deseado tanto verte como lo  
 „ deseo ahora.

„ Sentiria que dejases por mí algun  
 „ negocio de importancia; pero te ase-  
 „ guro que todas las diversiones que me

„ rodean , me serán de poquísimos gusto  
 „ hasta tu llegada.

„ Esta confesion pareceria extraña  
 „ en otra que yo ; mas como desde la  
 „ niñez me he acostumbrado á no ocul-  
 „ tarte nada , bien puedo hoy á mi en-  
 „ tender hablarte sin rubor , y descu-  
 „ brirte todo mi cariño : ni añadiré mas  
 „ para obligarte á que apresures tu sa-  
 „ lida de Lóndres , por quanto sé que  
 „ tu corazon está ya aqui : en tanto que  
 „ llegas , me consolaré con tus cartas , co-  
 „ mo tú te consuelas con las mias ; pues  
 „ soy tan tuya , que solo tú , amado Ri-  
 „ cardo , puedes romper los lazos que  
 „ unen contigo á tu fiel y apasionada

*S. Jesami.*”

Concluida esta breve carta , y ha-  
 biéndola enviado al correo , se reunió

con sus amigas , cuando se preparaban para ir á la tertulia , adonde las acompañó , y estuvo tan alegre y tan amable como siempre.

Aun ignoraba Sir Roberto de qué modo habia recibido Sofía la proposicion que en su nombre le habia hecho Ladi Speck ; y aunque deseaba con ansia hacerla su declaracion , y la habia visto aquel dia y el anterior tres veces , no pudo encontrar ocasion favorable. Lamentóse de su desgracia con sus amigos ; y despues de haber consultado á las señoras , convinieron con ellas en que aquella tarde procurarían dejarlos solos como por casualidad ; y en efecto , al momento señalado se fueron saliendo de la sala , donde se hallaban , uno tras de otro : pronto adivinó Sofía lo que intentaban ; pero lejos de incomodarse , se sonrió viendo el trabajo que todos se

tomaban para dar á Sir Roberto la satisfaccion de saber de su boca, que nada tenia que esperar: y no sintió del todo poder convencerle de que no era tan fácil como imaginaba, romper el lazo que la unia con Ricardo: por otra parte Sir Roberto era un sugeto de mérito, y Sofía incapaz de burlarse del afecto y del amor propio de un hombre, dejándole concebir falsas esperanzas.

Sir Roberto la ofreció su corazon; y cuando principiaba á asegurarla de su eterno rendimiento, le interrumpió Sofía preguntándole si hablaba con seriedad. Muy seriamente, señora; y os juro.... En tal caso, replicó Sofía, lo siento, y me admiro ver que un hombre tan fino y tan sensato en todo, pueda olvidarse hasta el punto de abrigar en su corazon sentimientos de tal natura-

leza, respecto de una muger, cuya mano debe saber que es de otro mucho tiempo hace. Pronunció estas palabras con un acento que dió doble energía á su significacion; y aunque Sir Roberto se hallaba dotado de presencia de ánimo, habia sido criado en medio del gran mundo, y conocia bien sus estilos, se quedó un poco turbado.

Señorita, replicó, os suplico creais, que por mas vehemente que sea mi amor, tendria á menos satisfacerlo por medios que condenaran mi honor ó mi razon: me han dicho, á la verdad, que estaba prometida vuestra mano desde la niñez; mas no viendo que esta disposicion hubiese tenido efecto, creí que vuestro corazon no la aprobaba, que erais plenamente libre para elegir por vos misma, y que no habria encontrado obstáculos insuperables, si os parecie-

ran mis deseos dignos de seros ofrecidos.

Al decir estas últimas palabras, dió un profundo suspiro, y saludó á Sofía con sumo respeto. Enternecióla un tanto su conducta, y le dijo con mucha dulzura: Sir Roberto, creo que hay pocas mugeres que no deban lisonjearse con la oferta de vuestro corazon, y celebraré saber que otra persona libre de todo empeño, y digna de vos, premia vuestro cariño. ¡O! señorita, exclamó Sir Roberto, ¿para que usáis pródigamente de esa bondad hechicera con un hombre que no puede jamas agradecerosla? Desearme la felicidad con otra, es apetecer verme infeliz. Pero decidme, en fin, ¿estais determinada á dar vuestra mano á ese dichoso rival? ¿Estais resuelta ya sin remedio?

Esta pregunta lisonjeó á Sofía, por cuanto suponía que la tardanza de su

union con Ricardo procedia de su sola voluntad, y no de la infidelidad de su amante. Sin embargo, para quitar á Sir Roberto toda esperanza engañosa, que pudiera ser fatal á su tranquilidad, le confesó con mucha reserva y modestia, que amaba realmente á Ricardo, y que le hubiera preferido á todos los demas hombres, aun cuando no hubiesen sido destinados uno á otro por sus padres.

No pudo escuchar Sir Roberto esta declaracion sin gran sentimiento; mas íntimamente persuadido por lo que le habian dicho Lord Huntley, Mr. Lovegrove y otros, que Ricardo correspondia mal al cariño de su amada, se atrevió á hacerla otra pregunta. Pues, bien, señora, la dijo despues de algunos instantes de silencio, no pretendo dudar del mérito del sugeto que gustais favorecer, y le creo digno de toda su

dicha ; mas si algun accidente impre-  
visto llegara á desuniros , si mi feliz ri-  
val por una ingratitude imperdonable se  
hiciese indigno de su felicidad , ¿ pu-  
diera esperar que mi amor y mi perse-  
verancia obtuviesen su recompensa?

Esta insinuacion ofendia el amor  
propio de Sofía , y asi no fue bien ad-  
mitida. Inútil es, dijo algo irritada, exi-  
girme una promesa sobre suposiciones  
inadmisibles , y enteramente quiméri-  
cas. Contad con que si llegase Ricardo  
á hacerse indigno de mi cariño , nadie  
le sucederia en mi corazon , y entonces  
el destino de mi vida seria huir y de-  
testar de todos los hombres. Al decir  
estas palabras saludó á Sir Roberto , y  
salió ; y aunque él la acompañó algunos  
instantes dándola disculpas , no aparen-  
tó admitirlas , y se separaron.

## CAPÍTULO XXII.

**D**espues de lo ocurrido entre Sofía y Sir Roberto, no creyó este oportuno continuar sus pretensiones. Sus amigos, á quienes participó la conversacion referida, fueron del mismo parecer, y la noticia de la infidelidad de Ricardo mereció ya mucho menos crédito.

Sir Roberto que en nada había disminuido su estimacion á Sofía, quiso que le apreciase como amigo, y lo consiguió prometiéndola solemnemente no hacer jamas tentativa alguna para ganar su afecto en perjuicio de Ricardo. Con este motivo se vió renacer la paz en aquella amable sociedad, y la conversacion volvió á tomar el giro fácil y libre que un amor indiscreto había momentáneamente interrumpido: mas no

duró mucho tiempo esta tranquilidad, porque algunos accidentes extraordinarios vinieron de nuevo á derramar en ella la angustia y la confusion, y Sofía por su parte tuvo aun que felicitarse, como se verá, de que su amante hubiese dilatado su estancia en Lóndres.

Entre los muchos concurrentes que recibia Ladi Speck á su mesa á la hora del te, se hallaba de continuo un jóven llamado Celandina, que por haber viajado mucho se creia versado en las intrigas de todas las cortes de Europa. Era vivo y alegre; y algun talento, mucha desenvoltura, y una linda presencia, le habian hecho de moda para algunas mugeres que no se creian deshonoradas envileciéndose con él; descendia de una familia rica y antigua, gastaba sus rentas en extravagancias: era vano con exceso, falso, ingrato, incapaz de amor

ni de amistad , despreciador de la moral y de la religion , y en una palabra, Celandina era un libertino de profesion.

Un dia que Ladi Speck y Miss Wingman habian salido á paseo , y Sofía se quedó en casa para contestar á algunas cartas de Lóndres , habiéndolas concluido , salió á tomar el aire en un bosquecillo que estaba al fin del jardin, y empezaba á entregarse á una dulce meditacion , cuando de repente vió á Celandina á la entrada.

Aunque este hombre estaba en posesion de prender el corazon de la mayor parte de las mugeres ; Sofía sin saber la causa nunca habia podido sufrirle , le habia manifestado su antipatía, con no fingida frialdad ; mas Celandina acostumbrado á sucesos felices , presumia que aquella tibieza era una afectacion de modestia , que se desvanecía

ria al primer impulso de su pasión, y que entonces caería en sus brazos como cae la nieve del cielo. Al punto que le vió hizo un movimiento para salir, y él la detuvo.

¡Que feliz soy, la dijo, ángel mio, en hallaros sola en este sitio! ¡Cuántas gracias debo dar á mi venturoso destino! No entiendo, respondió Sofía, que razón hay para creeros tan feliz. Me determinaré á preguntaros ¿como y por que no estais hoy en paseo, cuando han ido á él, hace largo rato, todas las personas á quienes conocéis aqui?

La misma pregunta os puedo yo hacer. ¿Por que la encantadora Miss Jesami vaga pensativa en esta soledad? ¿Por que se olvida asi de aumentar sus conquistas? Mas voy, dijo tomándola la mano, á explicároslo todo: un hado favorable, algun genio amigo os ha ins-

pirado que os quedeis en casa , y á mí venir á buscaros. Diciendo asi , y repitiendo mil amorosas expresiones , detenia á su pesar á Sofía en el mismo sitio , intentando tomarse libertades , y usando de voces , cuyo sonido no mas hacia estremecer su honesto corazon. La casa estaba demasiado distante para que pudiesen oirse sus gritos ; en vano le llamaba monstruo , malvado , y no se sabe hasta que extremo hubiera llegado su osadía , si un ruido bastante fuerte que oyó entre las ramas , no le hiciera volver la cabeza para ver que lo ocasionaba. Sofía aprovechó prontamente este instante para huir corriendo de aquel sitio aborrecido , cuando encontró á una muger , ó por decir mejor , á una furia con un cuchillo en la mano , que indudablemente hubiera pasado el pecho de la bella fugitiva , si

Celandina que corrió en pos de ella, no la hubiese prontamente desarmado.

¡Desdichada! exclamó Celandina, ¿que demonio pudo inducirte á tan execrable maldad? ¿Que mas demonio que tú? respondió la incógnita, cuya boca arrojaba espuma.

No se detuvo Sofía á escuchar lo que pasaba entre ellos, sino corrió hácia la casa dando gritos de espanto; al mismo tiempo que llegaban Ladi Speck y Miss Wingman, acompañadas de Mr. Lovegrove; ellas fueron las primeras que vinieron al socorro de Sofía. La escena era verdaderamente propia para asustarlas; veian correr á Sofía desordenado el cabello, y con los brazos extendidos; un poco mas allá á Celandina, cuyas facciones anunciaban aun tiempo el despecho y la confusion, y á sus pies una muger al parecer muerta

ó desmayada. En vano preguntaban la causa de todo aquel trastorno, ninguno de los tres podia responderles: Sofía estaba muda de terror, la asesina accidentada, y Celandina confundido conociendo su exceso.

Mr. Lovegrove, que habia conservado su presencia de ánimo mejor que las dos señoras, se adelantó hácia la incógnita para ver si estaba viva, y esto fue al parecer lo que restituyó á Celandina el uso de la voz. Esta muger, le dijo, es una infeliz loca que ha sabido, no sé por qué medio, introducirse aqui, y creo que seria conveniente llamar á los criados para que la saquen fuera de esta casa. Pero advirtiéndole Mr. Lovegrove que estaba desmayada, le dijo: sea cual fuere esta muger, su figura y su estado presente, mas deben inspirar piedad que despre-

cio. Oyendo esto Ladi Speck y su hermana se acercaron, y auxiliaron los esfuerzos de Mr. Lovegrove para hacerla volver en sí; mas Sofía permaneció siempre á cierta distancia, y Celandina, que con toda su avilantez no se sentia con fuerzas suficientes para responder á las preguntas que le podian hacer, se aprovechó del momento para escaparse sin despedirse de nadie. Los criados que se llamaron, condujeron á la incógnita á una de las salas de la casa, donde los remedios que le aplicaron la restituyeron prontamente á la vida.

---

### CAPÍTULO XXIII.

Sofía habia ya podido noticiar á sus amigos el riesgo en que se habia visto;

pero aun no sabian mas que una parte del suceso. Viendo, pues, que la persona que al parecer hacia alli el principal papel, habia recobrado bastante el sentido para poder satisfacer la curiosidad, la pidieron todos aun tiempo explicacion de los motivos que la habian arrojado á semejante acto de barbarie. La desdichada no pudo por algunos momentos responder, sino con un torrente de lágrimas: corrian con tanta abundancia, que la misma Sofía vió movido su pecho á compasion. Calmóse poco á poco la violencia de su pena, y luego que pudo hablar, pidió perdon del trastorno que habia causado, y dió gracias por los caritativos cuidados que habia recibido en términos tan finos, que fue harto fácil conocer, que aquella muger no era de la clase comun del pueblo.

Pero vos sois, señora, dijo dirigiéndose á Sofía , á quien mas he ofendido. ¡O! si hubiera consumado tan atroz delito , sin duda el cielo vengador habria inventado algun nuevo tormento para mi castigo. Con todo , ese cielo , cuya justicia reclamo en este momento , ese mismo cielo es testigo de que no soy delincuente de ningun designio premeditado contra vuestra vida ; solo buscaba á ese monstruo , á ese espíritu infernal.

¿Donde está ese monstruo? ¿Cual es ese espíritu infernal? ¿De quien hablais? la dijo Ladi Speck con alguna conmoción. ¡Ah! señora , respondió la incógnita , no hallo nombre que pueda expresar toda su maldad. Ese monstruo se llama Celandina. ¿Como podeis sufrir semejante serpiente á vuestro lado? Un libertino lleva á todas partes la

destruccion ; la amargura del corazon y una eterna infamia , son la herencia que deja en pos de sí. Aqui teneis , señora , una de las mas desdichadas víctimas de su seduccion , y corrieron otra vez sus lágrimas.

Yo era , prosiguió , esposa de un hombre bueno y sensible , que disfrutaba de una reputacion honrosa en el foro , á quien le di la mano , mas por razon de estado que por amor ; pero no existia muger que pudiera nombrarse mas feliz que yo. Celandina halló medio para introducirse en nuestra casa , recibíle y perdíme. Seria muy largo referiros con que artificios supo triunfar de los principios de virtud que me habian enseñado en mis primeros años ; han sido horrorosas las consecuencias de mi error , sabido bien pronto por toda la ciudad. Algunas de mis amigas

se contentaron con huir de mí; otros continuaron tratándome solo para ser testigos de mis locuras, y poder mejor divulgarlas: y bien pronto fui juguete de mis propios criados, que se reían de mis preceptos. Por fin me vi separada de mi marido, arrojada por él mismo de su casa, no tuve mas recurso que el de la conmiseracion y la humanidad de Celandina. ¡Que recurso, Dios mio! Al instante que se halló dueño absoluto de mi suerte, no procuró el malvado mas que libertarse de mí! y sola, abandonada, falta de todo, me ha dejado para venir á Bath, sin querer siquiera ocultarme que aqui le esperaba una señora de alta distincion. Reducida á tanto extremo le seguí secretamente hasta este pueblo, donde hice expiar sus pasos, y mi emisario me ha dicho que visita constantemente á

tres señoras, que las acompaña al paseo, á los salones públicos, á la comedia; y que la una de estas señoras, con la que al parecer tiene mas intimidad, se llama Ladi Speck.

A estas palabras Mr. Lovegrove fijó los ojos en ella como sorprendido. Vuestro emisario se ha engañado, repuso Ladi Speck algo confusa; su intimidad era igual con todas tres: y me atrevo á decir que todas tres sabíamos apreciarlo conforme merece.

Perdonadme, señora, replicó la incógnita, no sabia, ni sé todavía á cual de vos pertenece el nombre de Ladi Speck: ni os admireis de que llena de un celoso furor haya jurado odio y destruccion á aquella cuyas gracias causaban mis desdichas, porque hoy especialmente he perdido todo mi imperio sobre mí misma. Habiéndome dicho mi

emisario que habia visto á Celandina en el paseo con dos de las señoras , y que al instante las habia dejado por correr hácia esta casa , he sospechado que la que no habia salido era infaliblemente mi rival ; disfracéme furiosa con estos vestidos , corrí por las calles como una insensata , llego aqui , veo la puerta abierta , pregunto por Celandina , me dice un criado que acaba de entrar , y debia estar en el bosque al fin del jardin ; mas la cólera me cegó de tal modo , que no pude desde luego conocer la entrada del bosque : oigo la voz de mi pérfido amante , levantó la vista por entre las ramas , y todo mi cuerpo hubiera sin duda superado aquel débil obstáculo , si la que ocasionaba mi desesperacion no se hubiese levantado en el propio momento : el infierno y sus furias moraban en mi corazon ; desenvai-

né el cuchillo, bien resuelta á clavarlo en el pecho del traidor; mas no sé como vos, señora, os hallasteis en el instante delante de mí, y os faltó poco para recibir el golpe que le destinaba. Sabeis lo demas; viendo mi intento frustrado, mi furor se volvió contra mí misma; y el malvado tambien me ha herido violentamente al desarmarme: perdí el sentido, y vuestros caritativos esfuerzos me han restituido en fin á la vida, al oprobio, á la miseria y á los tormentos que mi memoria me causa.

Aqui concluyó la incógnita su relacion, y únicamente habló para pedir nuevos perdones del trastorno que habia ocasionado, dirigiéndose particularmente á Sofía. Puedo con facilidad perdonaros, respondió esta, el terror que me causasteis, pues que vuestra aparicion inesperada me salvó de un peligro

mayor todavía que aquel con que me amenazaba vuestra mano.

No sabia yo, dijo malignamente Miss Wingman, que Miss Jesami fuese objeto de los cuidados de Celandina. Iba á responder Sofia, pero se anticipó Mr. Lovegrove diciendo: no es fácil conocer las verdaderas inclinaciones de un hombre como él; le creo muy acostumbrado á hablar de hermosuras que jamas ha visto, y á gloriarse de favores con que nunca fue honrado; y al decir estas palabras clavó los ojos en Ladi Speck.

Extraño, dijo Miss Wingman dirigiéndose á la incógnita, que no le hayais preguntado á vuestro infiel amante el nombre de esa señora de alta distincion, que segun se alaba le convidó á venir á Bath.

Sin duda, dijo Sofía, porque su propia confesion os hubiera excusado la

pena de valeros de un emisario para expiar sus pasos. Semejante declaracion, añadió con viveza Lovegrove, podria traer fatales consecuencias, porque un hombre de su especie hubiera podido citar el nombre de alguna señora que no careciera de amigos bastante celosos para vengar su reputacion ultrajada, con peligro de su vida y la del calumniador.

No le pregunté, dijo la incógnita, el nombre de mi rival; probablemente no me lo hubiera dicho, y lo ignoro todavía.

Aqui Ladi Speck, que en mucho rato no habia proferido una palabra, aparentando mucha alegría dijo: esa es una circunstancia que seria harto inútil poner en claro, y el mismo Celandina se veria muy embarazado para probar que tal ó tal señora le habia hecho ve-

nir á Bath ; pues los hombres de su carácter crean ídolos imaginarios para adorarlos.

Si señora , contestó Mr. Lovegrove, mas si se atreven á poner nombres reales á esos ídolos imaginarios , confesareis que tales hombres merecen algun castigo.

Entonces pareció á la incógnita que era tiempo ya de despedirse , como lo hizo , muy respetuosamente. Todos le manifestaron interes por sus desgracias, deseándole que algun suceso feliz pudiera restituir á su ánimo la tranquilidad. Hiciéronla acompañar á su habitacion, y luego que salió, Mr. Lovegrove dijo , que algunos negocios le llamaban á su casa , y las señoras se retiraron cada una á su aposento.

## CAPÍTULO XXIV.

Es el corazon humano un laberinto lleno de tantos rodeos , y de tan diferentes revueltas , que es muy difícil, si no imposible al investigador mas perspicaz , descubrir el verdadero motivo de la mayor parte de nuestras acciones. ¿Y como pudiera ser de otro modo, cuando las inclinaciones mas virtuosas de la naturaleza se hallan en él frecuentemente mezcladas y confundidas con las viciosas , bajo la influencia de mil diversas pasiones , cuya accion es tan sutil y variada , que nosotros mismos no podemos las mas veces observar ni su progresion ni su efecto?

Podian advertirse, como hemos dicho , algunas singularidades , asi en el genio , como en la conducta de Ladi

Speck: sabia disfrazar con sagaz y prudente política sus secretos sentimientos. Pero si sus mas íntimas amigas y su propia hermana los ignoraban; no es razon para que dejemos al lector en la misma incertidumbre, ocultándole por mas tiempo la clave de este enigma, á lo menos con respecto á Celandina.

Miladi Speck no fue feliz en su matrimonio, y la muerte de su marido, que no habia podido sentir interiormente, la habia libertado de una esclavitud demasiado dura, para que pensara en sujetarse al mismo yugo segunda vez; pero habiendo observado que todas las viudas hacian públicamente voto de no volverse á casar, y que su juramento daba que reir á cuantos le oian, se habia abstenido de declarar cual era sobre este punto su secreta resolucion. Como gustaba mucho de la sociedad, la

complacia verse rodeada de un círculo numeroso de adoradores, á quienes trataba tan igualmente, que los celos eran desconocidos entre aquella porcion de rivales ; porque ninguno tenia mayor motivo que otro para esperar , ni para temer : y ademas su juventud , su hermosura , su talento y sus riquezas los sujetaban á todos imperiosamente á su lado.

De esta suerte reinaba Ladi Speck en todos los corazones , cuando llegó de sus viages Celandina , adornado de todos aquellos frívolos atractivos tan propios para embelesar á las mugeres , que no ven mas que la superficie : y como rara vez lo que atrae deja de obrar sobre el corazon , su presencia , la elegancia de sus trages , su fausto , sus prodigalidades deslumbraron bien pronto aun á las que pretendian pasar por es-

crupulosas, no se hablaba mas que de él en todas las mesas al tomar el te, y el arte del tocador se usaba particularmente por agradarle.

Ya habia oido hablar Ladi Speck mucho de Celandina, antes que tuviese ocasion de verle, á una de sus amigas que se lo presentó; y sea que Ladi Speck estuviese ya inclinada á su favor por los elogios que habia oido de él, ó que la primera vista de Celandina tuviese en realidad un encanto irresistible para el corazon de las mugeres; lo cierto es que el de Miladi Speck sintió una fuerte impresion que jamas le habia causado ningun hombre, aun despues de años enteros de obsequios; y es probable que Celandina lo conoceria, porque á las dos ó tres visitas no vaciló en declararla su amor, lo cual de otro modo no habria osado, sin em-

bargo de su gran caudal, confianza y vanidad.

Ladi Speck escuchó sin enfado su declaracion y sus juramentos de la mas vehemente pasion; solo le parecia extraño, que Celandina entre sus tiernas palabras, nunca pronunciase la de casamiento sino para ridiculizar aun en su presencia esta institucion sagrada, que llamaba el sepulcro del amor. Mas como Ladi Speck no era muy afecta al matrimonio, estaban de acuerdo sus inclinaciones sobre este punto.

No dejaba de advertir por otra parte en el carácter de Celandina ciertos defectos que no la habrian agradado para su esposo: y sin embargo le amaba, y no se cansaba en reprimir su cariño, que cada dia era mayor, sin que ella lo conociese. Divertíase con su conversacion, se complacia en sus obsequios,

y era á sus ojos un gracioso muñeco, de que no podia desprenderse sin violentar mucho su inclinacion.

A pesar de todo, no estaba Ladi Speck tan ciega que dejara de conocer que sus conexiones con Celandina si se supiesen, darian lugar á murmuraciones poco favorables á su reputacion, y que debia sobre todo impedir que se divulgase el secreto de su corazon, y para este efecto hizo uso de cuantos artificios puede inspirar á una muger el temor de una justa censura. Cuando Celandina estaba presente con algunas otras personas de su sociedad, aparentaba burlarse de él, y reirse de cuanto acostumbraba decir ó hacer, y en su ausencia ridiculizaba su presuncion y su fatuidad, y otros defectos que no podia menos su discrecion de advertir; pero que perdonaba en secreto. Entonces empezó á dar

á todos sus demas amantes muestras mas distinguidas de favor, animaba á los que por primera vez se presentaban en su casa con título de adoradores; y el resultado de esta conducta habia sido tan feliz, que nadie llegó á sospechar que Celandina fuese uno de sus amantes, y mucho menos el favorecido.

En semejante situacion es fácil conocer cuanto debió padecer en todo el rato que duró la explicacion que se ha leido en el capítulo anterior. Saber que Celandina tenia otros amores, y saberlo de la misma boca de su rival, era una doble desgracia que apenas pudo soportar; pero lo que mas sentia era saber que habian encontrado á Celandina en el bosque á solas con Sofía; sobre todo, cuando se acordaba, que despues de haberlas encontrado en el paseo, en lugar de acompañarlas como a-

costumbraba, las saludó precipitadamente, y corrió hácia casa, donde segun parecia le habia Sofía citado.

Las mugeres tienen casi siempre tan buena opinion de sí mismas, que nunca se figuran que el hombre que las ha amado puede trasladar á otra parte su afecto, sin que el objeto de su llama haya puesto en práctica algun artificio muy extraordinario para hacerse amar; y como Ladi Speck se creia por lo menos tan hermosa como Sofía, juzgaba que para usurparla el corazon de Celandina era forzoso que Sofía le hubiese brindado con el suyo.

¿Hay pasion mas injusta y mas cruel que los celos? Destruye en un alma todos los principios de virtud, de religion y de moralidad, conduce á quien se entrega á ella á condenar al inocente, y á absolver al culpado; y en fin

le inspira sentimientos de inhumanidad. Ladi Speck aborreció ya á su amiga mucho mas que la habia amado, y detestó su hermosura, su entendimiento, y todas sus demas perfecciones: poco la faltó para desear que la incógnita hubiera completado su horroroso designio, sino quitándola la vida, á lo menos desfigurando su rostro, cuyas facciones habian triunfado del corazon de Celandina; ni estaba menos furiosa con él, porque á mas de haberla vendido, habia detenido el golpe que una mano enemiga destinaba á su rival.

La vehemencia de estos sentimientos se debilita regularmente en una alma generosa, y asi la reflexion calmó aquellas violentas conmociones que comenzaban á agitar el ánimo de Ladi Speck; aunque no pudo ahogarlas tan completamente, que no saliesen aun,

como veremos , algunas centellas del fuego que ardia entre las cenizas.

---

## CAPÍTULO XXV.

Ladi Speck pasó una noche muy inquieta: Sofía aun confusa por el recuerdo de los lances del dia anterior habia dormido poco , y se levantó algo mas tarde que acostumbraba ; cuando bajó, encontró ya á las otras dos señoras en el corredor para el desayuno ; y presumiendo que las habria hecho esperar, comenzaba á disculparse ; pero Miss Wingman la interrumpió.

Ahora mismo , querida mia , le dijo , íbamos á enviar á preguntar como estabais ; pero acercaos , quiero ver si os hallais recobrada del susto que os

causó ayer aquella muger terrible. El susto fue poco, dijo Ladi Speck con acento satírico; pero las explicaciones siguientes es regular que hayan incomodado á Miss Jesami.

¡Las explicaciones! replicó Sofía, perdonadme, señora, sino puedo comprender el sentido de esa palabra, ni sé en qué puedan referirse á mí las explicaciones siguientes. ¿Por que ocultais una inclinacion que todo está descubriendo? A la verdad, amiga mia, tomo el mas vivo interes en la situacion de vuestro corazon; y si la hubiera conocido antes, hubiera discurrido algun medio para impedir que hablase esa muger: mas ignorando absolutamente que Celandina os amaba, y que le amabais, estaba muy lejos de sospechar que este fuese el motivo de haberos negado á los ofrecimientos de Sir Roberto Mantley.

Mucho sintiera , señora , respondió Sofía con desden , que llegaseis á tener una opinion tan escasa de mi juicio ; conozco muy poco á esos dos hombres ; pero creed sin embargo , que sabria hacer entre uno y otro la mas justa distincion ; y que si mi corazon y mi mano estuviesen aun á mi arbitrio , no vacilara un momento en decir cual de los dos merecia la preferencia.

Muy bien dicho , y con discrecion , replicó Ladi Speck con afectada risa ; decis la verdad , y no nombrais á ninguno ; confesad , no obstante , hija mia , que Celandina posee vuestro corazon , mientras que Sir Manley suspira á vuestros pies.

Apenas pudo Sofía contener su indignacion en los límites de la decencia , cuando vió que Ladi Speck persistia en una acusacion tan injuriosa . El despre-

cio y la cólera agitaron su alma, y se le asomaron las lágrimas. Señora, dijo levantándose precipitadamente, no quiero creer que habéis con seriedad: esa chanza por sí sola debe causarme pesadumbre, y no creo oportuno escucharla mas.

Diciendo esto, iba á salir; Miss Wingman, no menos admirada que Sofía de las palabras de su hermana, corrió y la detuvo; Ladi Speck, despues de haber desahogado un momento su bilis, se arrepintió de lo que habia dicho, y la rogó que permaneciese allí, diciéndola: amada amiga, no he tenido la menor intencion de insultaros; solamente he querido chancearme sobre la determinacion que tomasteis ayer de quedaros en casa, cuando el tiempo mas precioso os convidaba como á nosotras al paseo.

Bien sabeis, dijo Sofía, que tuve varias cartas que escribir; fueron cinco, y vuestro criado las llevó al correo.

Os creo, dijo Ladi Speck, y os pido perdón con todas veras: iba á decir algo mas en el mismo sentido, cuando fue interrumpida por la repentina entrada de su camarera, á quien habia enviado á casa de su modista, que entró asombrada y sin aliento.

¡Ah señora! dijo sentándose, ¡que cosas tan extrañas tengo que contaros! He visto.... jamas me ha sorprendido tanto cosa alguna. ¡Que! ¿que has visto? repuso Ladi Speck. Nunca hubiera creído que dos señores tan honrados.... ¿Que señores? explícate. Si, señora; cuando entraba en casa de la modista, oí mucho bullicio en la calle, y varias voces de hombres que gritaban: llevadlos, llevadlos, y veo despues (¿lo cree-

reis?) á Mr. Lovegrove y Mr. Celandina, conducidos por algunos soldados, y seguidos de un tropel innumerable. Creo que habian reñido, porque detras de ellos iba un hombre con sus espadas desnudas: decian que los llevaban á casa de un juez de paz.—No sabes nada mas.—Nada mas, señora, y he venido corriendo á decíroslo.—Bien; déjanos ahora: y fuese la camarera.

No pudieron menos las tres amigas de asustarse mucho sabiendo esta novedad, y particularmente Ladi Speck; las otras dos se sobresaltaron menos, no ignorando que Lovegrove la amaba muy sinceramente, aunque era de todos los amantes el menos favorecido: pero impacientes por saber cual habia sido el motivo, y cuales podrian ser las consecuencias de aquel accidente, como la camarera no habia podido saber á que

juez de paz los habrian llevado, enviaron sus criados á los diversos barrios de la ciudad, á fin de que alguno les trajese noticias seguras.



## CAPÍTULO XXVI.

**P**or poco que se haya seguido el hilo de esta historia, se ha podido ver que Mr. Lovegrove tenia algun fundamento para estar celoso de Celandina; resolvió, pues, aprovecharse de esta ocasion para exigirle una respuesta categorica; mas condujo este negocio de manera, que en todo caso Ladi Speck no quedase comprometida; á cuyo fin, despues de varias reflexiones, escribió la misma noche el papel que sigue.

» *A R. Celandina.*

» Señor:

» Pues habeis insultado á una jóven  
 » de mérito distinguido , estando en a-  
 » quel momento bajo la proteccion de  
 » una Ladi , á quien respeto y amo , y  
 » os habeis tambien atrevido , segun me  
 » han dicho , á elevar vuestras miras  
 » hasta la propia señora , me hallo en  
 » el caso de pedir os satisfaccion de este  
 » doble insulto , y celebraré en contra-  
 » ros mañana á las seis en el primer  
 » campo al fin del paseo.

» Espero que no faltareis , ni me ha-  
 » reis aguardar alli mucho tiempo.

*E. Lovegrove.*»

Envió este papel con un criado que despues de haber esperado largo rato, le trajo la respuesta siguiente.

» *A E. Lovegrove.*

» Siento mucho no poder acceder á  
 » lo que deseais, porque vivo en la per-  
 » suasion de que ni Ladi Speck, ni Miss  
 » Jesami, ni alguna otra muger del  
 » mundo, merecen que saque la espada  
 » por ellas. Asi me disimulareis que no  
 » concorra al sitio que me indicais.

*R. Celandina.*»

Difícil seria decidir si al leer este papel predominó en el ánimo de Lovegrove el desprecio ó la cólera; mas de cualquiera suerte resolvió no tolerar que la insolencia de aquel hombre que-

dase impune, é ir á buscarlo en la mañana siguiente á su casa. Cuando llegaba á ella, vió una silla de posta delante de su puerta, y poco despues á Celandina, que iba á poner el pie en el estribo: apresuró Lovegrove el paso, y le dijo: deteneos, agarrándole por el brazo; no espereis dejar esta ciudad, antes de dar satisfaccion por la conducta que habeis observado en ella.

Caballero, le respondió algo turbado, yo no doy cuenta de mis acciones á nadie, ni hay hombre que tenga derecho de examinarlas. Todo hombre de honor tiene derecho de examinar las acciones de un pícaro. Si no me dais la satisfaccion que espero, voy á trataros como mereceis. Ya se habia juntado mucha gente. Mano á la espada, dijo Celandina, y los dos sacaron á un tiempo las suyas; mas apenas se tocaron los

aceros fueron ambos desarmados por el pueblo , y un condestable que vivia cerca vino á interponer su autoridad, se apoderó de las espadas , y los hizo conducir á casa de un magistrado, como lo refirió la camarera de Ladi Speck.

Cuando llegaron á presencia del juez de paz , Celandina produjo una queja muy patética contra su adversario. Primeramente dijo , que le habia enviado un papel de desafío , en que le forzaba á reñir por una disputa en que nada tenia que hacer , y que en seguida habia venido á asaltarle en la calle , á impedir su partida , y ocasionar un alboroto en la ciudad. Mr. Lovegrove , despues de haberle dejado hablar sin interrumpirle , refirió simplemente el hecho como habia sucedido: el magistrado pidió los dos papeles ; Celandina se apresuró á presentar el de desafío ; mas Love-

grove , acordándose que en la respuesta nombraba Celandina á Ladi Speck y á Miss Jesami , se negó á presentarle , diciendo creia haberle perdido.

Despues que el juez hubo escuchado á los dos , les hizo segun su carácter juiciosas reflexiones acerca del duelo , exigiéndoles la promesa de cesar de ser mutuamente enemigos. No me contento con su palabra , dijo Celandina , y pido afirmar con juramento en declaracion formal , que tengo motivo para temer , que el señor quiera todavía atentar á mi vida. No se podia negar á Celandina la facultad de exigir esta precaucion ; presentáronle el libro para que pusiese su declaracion por escrito ; y dijo el juez á Mr. Lovegrove : ¿ deseais vos la misma seguridad ? No á fe , respondió : no temo al señor ni de lejos ni de cerca : me atrevo á afirmaros que si su len-

gua no fuera mas peligrosa que su espada, no existiera en el mundo nadie menos temible que él.

El juez de paz, hombre de juicio, tuvo que violentarse para contener la risa; pero volviendo á revestirse de su autoridad: señor, dijo á Lovegrove, la obligacion de mi estado me precisa á poner en libertad á vuestro contrario, y reteneros hasta que me deis fianza de vuestra conducta futura respecto de él. A estas palabras Celandina dió gracias al juez, y se retiró: llegó á su silla que lo esperaba, subió en ella, y partió para Lóndres, maldiciendo sin duda el instante en que habia salido de allí para venir á Bath.

Mr. Lovegrove envió á buscar á Lord Huntley y Sir Roberto, que vinieron al momento, y evacuadas todas las formalidades á satisfaccion del juez, este

depuso entonces sus funciones, riyó con ellos de la conducta de Celandina, y convidó á todos tres al desayuno.



## CAPÍTULO XXVII.

Luego que salieron de casa el juez de paz, cada uno volvió á la suya para vestirse; pero se citaron á un café, á fin de ir á hacer una visita á Ladi Speck, y á sus bellas compañeras, sin hablarlas de lo que habia sucedido, porque Lovegrove deseaba que ignorasen todo el lance, á menos que le hubiese descubierto alguna casualidad.

En la mas viva inquietud se hallaban las tres señoras, porque habian vuelto los criados sin traer noticias satisfactorias. Miss Wingman y Sofía es-

timaban mucho á Mr. Lovegrove: y Ladi Speck tenia mayores motivos de zozobra, no difíciles de adivinar; pero lo que la daba mas cuidado era el temor que le inspiraba el peligro de su propia reputacion. Temblaba al considerar que ella sola era causa de aquella contienda, y que su nombre podia quedar gravemente comprometido.

La incertidumbre es un microscopio que presenta todos los objetos bajo una forma espantosa. La pobre Ladi Speck padecia visiblemente; su imaginacion solo la representaba imágenes monstruosas, y sus dos compañeras conocieron fácilmente su turbacion interior. ¡Cual seria, dijo Sofía, la satisfaccion de Mr. Lovegrove, si pudiera saber cuantas inquietudes os causa en este momento el interes que tomáis en su suerte!

No sintió Ladi Speck poca satisfac-

cion al ver que las ideas recaian sobre Mr. Lovegrove, y no sobre Celandina. En verdad, hermana, añadió Miss Wingman, pienso mucho tiempo hace, y es tambien opinion de todos nuestros amigos, que Mr. Lovegrove es un hombre amable, que sus riquezas, su constante esmero, y su afecto á ti, le hacen digno de tu mano, y no debes avergonzarte de que se trasluzca en esta ocasion tu estimacion hácia él. — No, hermana, contestó Ladi Speck, no amo á hombre alguno, ni hay quien tenga á mis ojos mas mérito que otro; pero lo que me incomoda es saber que se insultan y riñen, y matan las mas veces por nada, ó por un falso pundonor.

Al decir estas últimas palabras abrió un criado la puerta, y Lord Huntley, Sir Roberto y Mr. Lovegrove entraron juntos en la sala: ; como, seño-

ras, dijo el último con tono mas alegre que nunca, aun no estais vestidas, cuando debíamos estar una hora hace en paseo!—Mucha insensibilidad debiera ser la nuestra, respondió Ladi Speck, para pensar en el tocador, sabiendo que dos de nuestros amigos estaban proximos á manchar sus manos en la sangre uno de otro.—Señora, dijo Lovegrove, nuestras manos estan perfectamente limpias, os lo afirmo.—¿Pero podeis añadir, repuso Ladi Speck con viveza, que vuestro corazon está igualmente puro? ¿Podeis decir, que no os levantasteis esta mañana con ánimo de matar ó ser muerto?

Algo turbaron estas palabras á Mr. Lovegrove, dudando si debia confesar ó negar el hecho: Lord Huntley se anticipó diciendo, sonriéndose: no, por mi honor, yo respondo por mi amigo;

no ha tenido hoy disputa con hombre alguno que merezca recibir de su mano una estocada.

Hablemos con claridad, amado Lord, continuó Ladi Speck, pido una respuesta clara y precisa, y ruego á Mr. Lovegrove nos diga, ¿cual ha sido el motivo de su duelo con Celandina? ¿y quien de los dos el agresor? Viendo que aun guardaba silencio, añadió: pues sabemos lo principal, tenemos derecho de esperar de vos la relacion de algunas circunstancias. — Señora, como no acostumbro, dijo Mr. Lovegrove, negarme á nada que pueda agradaros, voy á responder á vuestra doble pregunta. El motivo de mi duelo con Celandina ha sido la defensa de la justicia y de la virtud, y el agresor fue él, pues insultó á una persona que goza de vuestra amistad y estimacion, y ha mere-

cido recibir su justo castigo no solo de mi mano, sino tambien de la de todos los que tienen el honor de ser admitidos en vuestra sociedad.

De ese modo, dijo Sofía, va á recaer sobre mí todo el lance; sin embargo, continuó riéndose, no espereis, Mr. Lovegrove, que os dé gracias, pues no soy deudora de lo que habeis hecho, sino á la amistad con que me honra Ladi Speck. — Creed, señorita, dijo Sir Roberto, acercándose á Sofía, que si alguno de nosotros hubiera sabido la conducta de Celandina con respecto á vos, no quedara reservado solo á Mr. Lovegrove el honor de vuestra defensa. Importa poco, replicó Ladi Speck, saber quien debe tener todas esas obligaciones á Mr. Lovegrove; yo solamente quiero saber las circunstancias del lance.

Entonces refirió todo lo sucedido en-

tre él y Celandina hasta el momento en que los llevaron á casa del juez de paz. Lord Huntley y Sir Roberto acabaron la relacion, contando tan graciosamente y tan pormenor lo que habia hecho, que Ladi Speck misma no pudo contenerse, y se riyó con tanto gusto como sus dos amigas. No obstante aun estaba inquieta sobre algunos puntos. Me alegro, dijo, de que este lance no haya tenido mas tristes consecuencias; pero presumo que mi nombre y el de Miss Jesami se han pronunciado delante del juez de paz, y del numeroso pueblo que os rodeaba en aquel momento.

No señora, replicó Mr. Lovegrove: podeis estar enteramente tranquila sobre ese particular, yo he cuidado de que no se comprometiesen vuestros nombres; y por eso me negué á presentar el papel de Celandina, en el que tuvo

la imprudencia, ó mas bien la avilantez de escribirlos con todas sus letras.— ¡Como es eso! exclamó Ladi Speck, temblando de impaciencia, ¿con que motivo ha osado ese hombre tomarse tal libertad? Yo quiero ver ese papel.

Aunque Mr. Lovegrove celebrase probablemente dar á entender á Miladi Speck, en qué términos se producía Celandina hablando de ella; sin embargo dió lugar á que volviese á reiterar su demanda muchas veces, hasta que viendo insistia, la dijo: pensaba guardar para mí solo las pruebas de su insolente audacia; pero insistis que os las comuniqué, y debo satisfaceros. Y al decir estas palabras, sacando la contestacion que habia recibido de Celandina, añadió: aqui encontrareis pruebas de que ese hombre me ha dado mas de un motivo de resentimiento contra él.

Ladi Speck tomó el papel con una agitacion que no podia ocultar, y tranquilizándose con su propia lectura, dijo con sonrisa algo forzada: este papel es curioso, voy á leerlo en voz alta. Lo leyó en efecto, y todos comenzaron de nuevo á reirse. Señoras, dijo Lord Huntley, aunque no hayais tenido la dicha de agradar á Mr. Celandina, no quedais muy desairadas, pues veis que envuelve en la misma desgracia á todo vuestro sexo, y no conoce persona alguna de él por quien deba deshacer el lazo de su terrible espada: despues de otras muchas proposiciones semejantes, viendo que era cerca del medio dia, y que las señoras aun no estaban vestidas, las dejaron consultar con sus espejos, sobre los atractivos que Celandina afectaba despreciar.

Miss Wingman y Sofía pensaron ya

poco en este acontecimiento; pero hizo una profunda impresion en el ánimo de Miladi Speck, y conociendo toda la delicadeza con que habia obrado Mr. Lovegrove, comenzó á mirarle con mas agrado. Avergonzada de su engaño respecto de Celandina, no encontraba consuelo sino en el cuidado que habia tenido de ocultar su debilidad, que por una especie de milagro no se habia descubierto, haciéndola perder la estimacion general que procuraba conservar con afan. Veremos despues quanto la valió la mudanza de sus sentimientos: por ahora llaman la atencion del lector sucesos mas importantes.

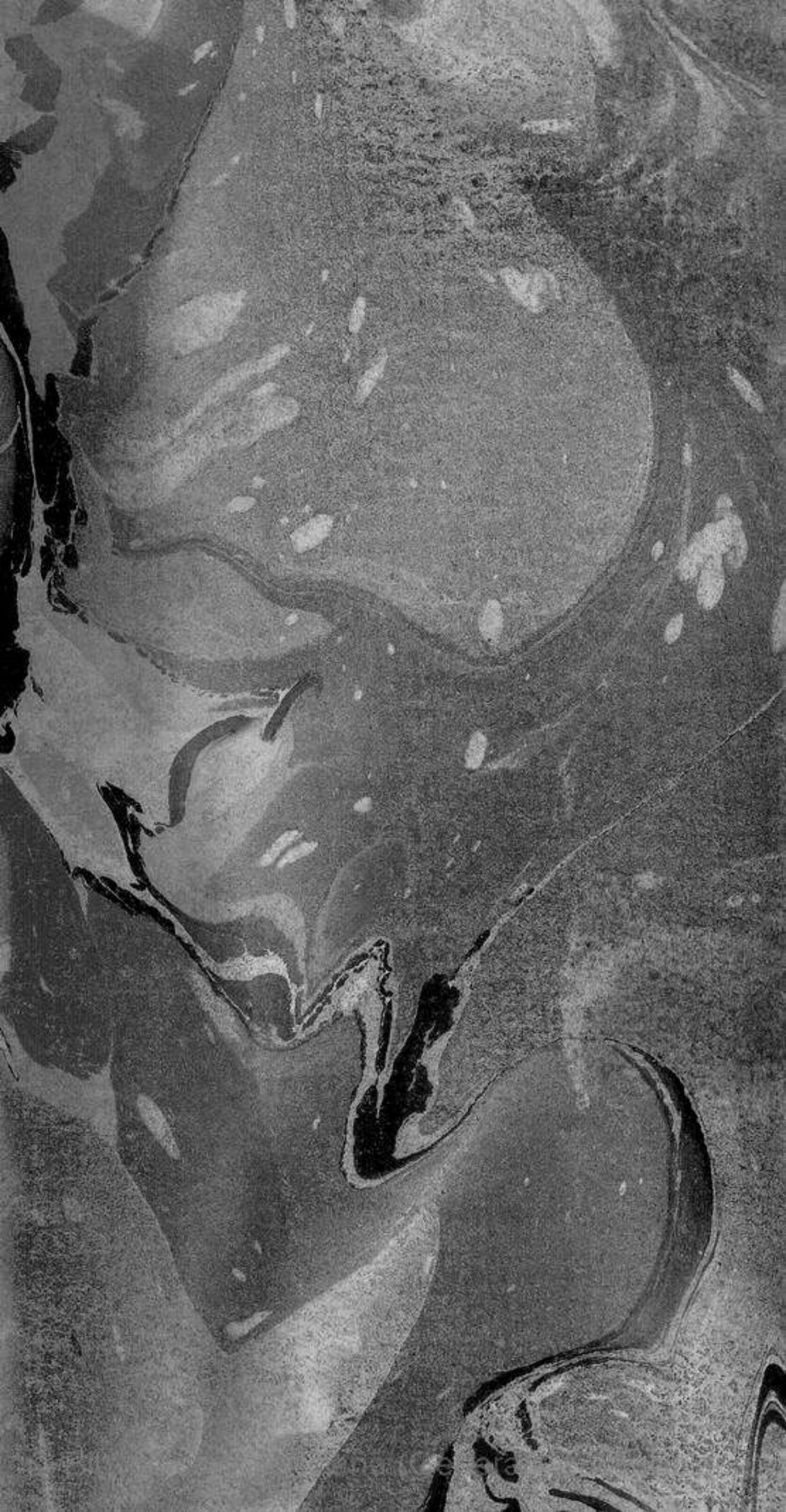
FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE.

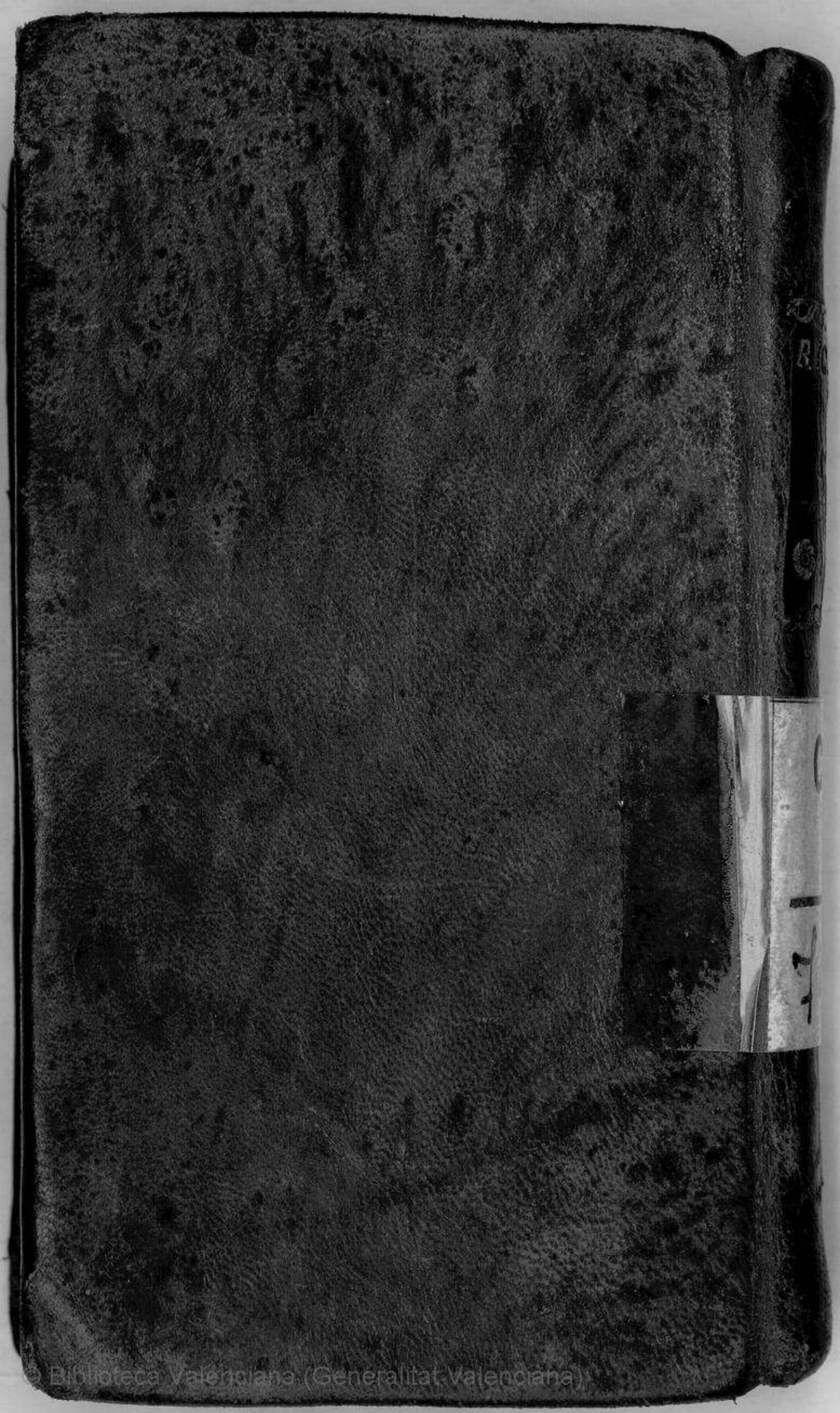
<i>Capítulo I</i> .....	pág.	I
<i>Capítulo II</i> .....		14
<i>Capítulo III</i> .....		32
<i>Capítulo IV</i> .....		40
<i>Capítulo V</i> .....		48
<i>Capítulo VI</i> .....		59
<i>Capítulo VII</i> .....		69
<i>Capítulo VIII</i> .....		83
<i>Capítulo IX</i> .....		94
<i>Capítulo X</i> .....		102
<i>Capítulo XI</i> .....		110
<i>Capítulo XII</i> .....		115
<i>Capítulo XIII</i> .....		124
<i>Capítulo XIV</i> .....		132
<i>Capítulo XV</i> .....		139
<i>Capítulo XVI</i> .....		147
<i>Capítulo XVII</i> .....		155

<i>Capítulo XVIII</i> .....	161
<i>Capítulo XIX</i> .....	168
<i>Capítulo XX</i> .....	179
<i>Capítulo XXI</i> .....	187
<i>Capítulo XXII</i> .....	197
<i>Capítulo XXIII</i> .....	204
<i>Capítulo XXIV</i> .....	215
<i>Capítulo XXV</i> .....	224
<i>Capítulo XXVI</i> .....	230
<i>Capítulo XXVII</i> .....	237









RICARDO

Y  
SOFIA

C.V.

7498